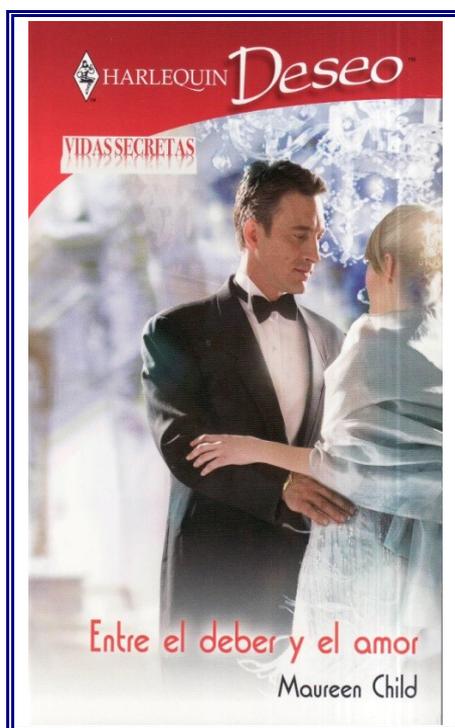


Entre el deber y el amor

Maureen Child

6º Serie Multiautor Vidas Secretas



Entre el deber y el amor (2007)

Título Original: The part-time wife (2006)

Serie Multiautor: 6º Vidas Secretas

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1561

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Luke Talbot y Abby Talbot

Argumento:

¿Qué secretos ocultaba su marido?

Cuando su marido, Luke Talbot, se la llevaba a casa para protegerla después de haberla sacado precipitadamente de una fiesta en la alta sociedad, Abby se dio cuenta de que

llevaba una doble vida. Sus secretos, por muy necesarios que fueran, hicieron que se sintiera insegura. ¿Cómo había podido casarse con aquel hombre, acostarse con él y entregarle su corazón sin saber quién era realmente?

Sus mentiras no le dejaron otra opción que pedir el divorcio. Pero entonces descubrió que Luke no estaba dispuesto a dejarla marchar fácilmente...

Capítulo 1

—¡Un brindis por las Debs! —dijo Abby Baldwin Talbot y brindó por sus cinco mejores amigas.

—¡Por nosotras! —exclamó Felicity y las demás también levantaron las copas.

Abby las miró y sonrió. Ellas eran los miembros originales del Debs Club. Juntas habían ido al instituto Eastwick y sobrevivido a su debut en sociedad.

Emma, Mary, Felicity y Abby se conocían desde siempre y los lazos que las unían eran irrompibles. No obstante, sí eran lo bastante flexibles como para permitir la entrada de dos nuevos miembros. Lily y Vanessa se habían integrado muy bien y Abby ya no podía imaginarse la vida sin ellas.

«Sobre todo ahora», pensó para sus adentros. Como su mundo se estaba derrumbando, necesitaba el afecto y el cariño de sus amigas más que nunca.

—Bueno, siento estropear el momento —dijo Mary con una sonrisa—. Pero quiero bailar con Kane —su sonrisa se desvaneció—. ¿Estás bien, Abby?

—Sí, muy bien —esbozó una sonrisa. Tenía seca la garganta, así que bebió un sorbo de champán—. Venga, iros a bailar toda la noche.

—Eso suena bien —dijo Felicity.

—Ahora mismo voy —dijo Vanessa antes de mirar a las otras tres, que estaban al fondo de la sala de fiestas—. ¿Vais a venir, chicas?

—Yo sí —dijo Lily mientras se alisaba la falda del vestido sin necesidad.

—Iré en unos minutos —dijo Abby—. Sólo quiero quedarme aquí un rato.

—Vale —repuso Vanessa señalándola con el dedo—. Pero si no estás en la pista en quince minutos, vendré a buscarte.

Abby asintió.

—He captado la advertencia.

Vanessa y Lily se perdieron en la muchedumbre y Abby respiró hondo. Era agotador fingir alegría ante las personas que más quería, pero no estaba dispuesta a arruinar la fiesta en la que tanto habían trabajado.

—Has hecho un buen trabajo, Emma.

—Hicimos... un buen trabajo.

Casi todo Eastwick estaba presente en ese baile de otoño. Los diamantes relucían por todas partes y las mujeres llevaban vestidos en colores vivos que animaban la llegada del otoño. Todas se saludaban con abrazos y besos al aire antes de empezar a cotillear sobre los asistentes al

evento. Vestidos de traje, los hombres hacían grupos para hablar de fútbol, la Bolsa... Pero eso a Abby le daba igual. Lo importante era que las Debs habían hecho brillar aquel club de campo. Bajo una luz tenue, una orquesta tocaba viejos éxitos y algunos clásicos del rock and roll. La fuente de champán, aunque algo cursi, había sido colocada en el centro de la habitación y los elegantes camareros se movían entre la multitud con bandejas de canapés.

El Club de las Debs.

Abby sonrió. Sus amigas y ella se habían puesto las Debs en honor al día en que habían debutado en sociedad. Entonces les había parecido algo anticuado, pero su amistad había resistido el paso del tiempo.

No obstante, todo había cambiado mucho. Abby miró a su alrededor y encontró a sus amigas. Habían pasado muchas cosas en los últimos meses y ya le parecía que todo el mundo contenía la respiración en espera del próximo bombazo. Pero... ¿quién podía culparles? El asesinato y la extorsión no eran algo común en Eastwick.

Los ojos de Abby se llenaron de lágrimas. Tenía la vista nublada pero no sabía si era por las lágrimas contenidas o por el champán que llevaba bebiendo desde su llegada. Debería haber comido algo, pero tenía un nudo en el estómago.

Todo era culpa de Luke. Su marido le había prometido que iría, pero las promesas de Luke Talbot no valían nada.

—¿Ab? —le preguntó Emma mirándola a los ojos—. ¿Te encuentras bien?

Llevaba mucho tiempo sin encontrarse bien y las cosas no hacían más que empeorar. Abby miró a su amiga y volvió a mentir.

—Estoy bien, Emma —puso una sonrisa artificial y respiró hondo—. De verdad. Estoy muy bien —al dar un paso adelante se pisó el largo vestido color burdeos y tropezó.

—Eh, cuidado —dijo Emma.

—Oh, siempre tengo cuidado. Soy yo. La cuidadosa Abby, la que siempre hace lo correcto. Siempre. ¿De qué estábamos hablando?

Emma frunció el ceño y miró a su alrededor en busca de las otras.

—Creo que deberías sentarte un rato. Te traeré algo de comer.

—No tengo hambre. Me lo estoy pasando bien. Sin preocupaciones —bebió un poco de champán y tomó a Emma del brazo—. Todas trabajamos duro para preparar esta fiesta. Sobre todo tú, así que hay que pasarlo bien esta noche.

—Creo que ya has tenido bastante por hoy.

—Emma —Abby balanceó la copa y derramó un poco de champán—. ¡Ups! Estoy bien. Estoy bien —dijo mientras Emma tomaba un par de servilletas de la bandeja de un camarero—. Todo está bien.

—Abby, ¿cuánto champán has bebido?

—No lo suficiente —la sonrisa que había mantenido toda la noche se desvaneció durante un instante.

El mundo se le estaba cayendo encima, pero nadie lo sabía, excepto ella y el hombre al que había creído conocer. ¿Qué dirían las Debs si supieran que había visto a un abogado para divorciarse de Luke? ¿Qué dirían si supieran que se había casado con un mentiroso infiel?

Abby respiró profundamente, se irguió y pestañeó hasta que se le aclaró la vista.

—Estoy bien, Emma. Ve a buscar a tu marido y divértíos. ¿De acuerdo? Yo me voy a sentar en la terraza.

—Hace mucho frío ahí fuera.

—Me pondré un chal. Estaré bien —para demostrarlo, se puso su estola negra de cachemira y dejó la copa en la bandeja de un camarero—. ¿Lo ves? Soy una chica buena. Anda, ve a bailar.

—Vale —Emma le dio un beso en la mejilla—. Pero vendré a verte dentro de un rato.

—Aquí estaré —dijo Abby con una sonrisa de oreja a oreja. «Sola», añadió en silencio.

Se quedó observando a Emma mientras se abría paso entre la multitud hasta llegar a los brazos de Garret, su esposo. Entonces empezaron a bailar. Abby sintió una punzada de envidia y pensó que era una amiga horrible. ¿Cómo podía envidiar la felicidad que tanto le había costado lograr a Emma?

Pero deseaba tanto volver a sentirse así... Aún recordaba cómo se había sentido al ver a Luke por primera vez: los rápidos latidos de su corazón, el vuelco en el estómago. Sin embargo, ya llevaba mucho tiempo sintiéndose sola y no quería más que llorar la pérdida de lo que ella y su marido habían tenido.

En esa abarrotada fiesta se sentía más abandonada que nunca. La música la envolvía y una suave brisa le llevó una ráfaga de voces alegres.

—No debería haber venido —susurró para que nadie la oyera.

No obstante, tendría que volver. Las Debs eran responsables del éxito de la velada y se lo debía a sus amigas.

Ojalá hubiera podido estar en otro lugar. Ya ni siquiera soportaba ser parte del club de campo porque nada era lo mismo. Ya nada era... seguro.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. En aquellos rostros no podía ver sino sospecha, culpa y miedo. Al descubrir que la muerte de su madre no había sido un accidente, sino un asesinato, Abby se había visto obligada a admitir que muchos de aquellos a los que conocía no eran lo que parecían.

Y su marido era el primero. Pero a pesar de todo, deseaba que aquel hombre del que se había enamorado estuviera allí con ella.

Con tristeza, dejó que los recuerdos la invadieran.

Un día después de graduarse, Abby se embarcó en su primera aventura: dos semanas en París. Sola. Tenía en mente visitar la ciudad y sentarse en las terrazas de las cafeterías con un aire de aburrimiento, beber vino en el parque, ver la Torre Eiffel y deambular por Notre Dame.

Había planeado aquel viaje minuciosamente porque creía firmemente en la organización y los planes. Incluso había llevado un itinerario del que se deshizo cuando Luke Talbot se sentó a su lado en el vuelo de ida.

Lo vio entrar en el avión y contuvo la respiración hasta que él le sonrió al encontrar su asiento: justo al lado del de ella.

—Bueno, parece que este vuelo va a ser divertido —dijo antes de meter el equipaje de mano encima del asiento. Entonces se sentó y le extendió la mano—. Luke Talbot.

Al tocarle, Abby supo que aquel momento era... especial. Diferente. Un torrente de calor le recorrió el brazo hasta llegar a su pecho. Le miró a los ojos y no pudo apartar la vista.

—Abby Baldwin.

El se resistió a soltarle la mano y cuando por fin lo hizo ella cerró el puño para no dejar escapar aquella energía.

—¿Es su primer viaje a París? —le preguntó él.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Abby.

—Hay emoción en sus ojos.

—¿De verdad? —dijo ella, algo decepcionada—. Y yo que quería parecer una mujer de mundo.

—Oh, esto es mejor. Créame.

A Abby le dio un vuelco el estómago cuando sus miradas se encontraron. Su cabello castaño oscuro parecía algo despeinado y llevaba un jersey gris con vaqueros. Parecía un estudiante, pero era muy sexy.

Su aventura no podía haber empezado mejor. Un poquito de flirteo le iría bien.

—¿Y usted? ¿Es su primer viaje a París?

Sus ojos se oscurecieron durante un instante y entonces sacudió la cabeza.

—No. Suelo viajar por negocios.

—¿A qué se dedica?

—Soy analista en una empresa de software —sonrió—. ¿Y qué me dice de usted?

—Me acabo de graduar.

—Enhorabuena. ¿Qué estudió?

—Gracias. Estoy licenciada en comunicaciones y me diplomé en lenguas extranjeras.

—Oh, qué pena. Esperaba que necesitara un intérprete.

Abby sonrió.

—No necesito un intérprete —respiró hondo. No podía creerse que estuviera a punto de hacer aquello. Ni siquiera le conocía, pero algo en su interior le decía que debía conocerle—. Pero si está interesado, podría necesitar un guía en París.

Él esbozó una sonrisa que la hizo derretirse.

—Estaría encantado, Abby Baldwin.

Abby se sobresaltó y tuvo que agarrarse del asiento mientras despegaban.

—¿Le da miedo volar? —le preguntó mientras ponía la mano sobre la de ella.

—Un poco. Bueno, no me asusta volar, sino el despegue. Nunca creo que sean capaces de elevarnos en el aire.

Él la tomó de la mano.

—Créeme, Abby. El avión despegará y juntos descubriremos París.

Y eso fue lo que hicieron. Pasaron dos semanas juntos, comiendo crêpes y bailando bajo la Torre Eiffel al compás de músicos callejeros. Hicieron picnic a orillas del Sena y pasaron tardes enteras en una diminuta habitación de hotel, ajenos al bullicio de la calle.

Hicieron el amor durante horas y pronto descubrieron que sus vidas nunca volverían a ser igual.

De vuelta a la realidad, Abby se arropó en su estola y suspiró mientras se dirigía hacia la puerta.

Luke le había pedido matrimonio la última noche. Le había dado un beso delante del Louvre y había prometido amarla para siempre. Ciega de felicidad, ella nunca se había preguntado qué sentían el uno por el otro y no le había importado que él tuviera que viajar por negocios. El amor les había pillado por sorpresa y, después de tantos años, no era amor lo que les mantenía juntos, sino rutina, una rutina que era hora de romper.

—¿Champán, señora? —le preguntó un camarero.

En ese momento, Abby vio a un hombre que se abría paso entre la muchedumbre en dirección hacia ella. Era Luke. Por fin había llegado.

Abby no pudo evitar que se le acelerara el pulso con sólo mirarle. ¿Cómo podía quererle todavía, después de saber que llevaba años mintiéndole?

—¿Señora? —insistió el camarero—. ¿Más champán?

—Sí —dijo al agarrar tu copa—. Creo que tomaré un poco más.

Capítulo Dos

Luke Talbot se abrió paso entre la multitud con discreción sin quitarle ojo a su mujer. Llegaba tarde, pero no había podido evitarlo. Sabía lo mucho que Abby y sus amigas habían trabajado para que la fiesta fuera un éxito y quería estar allí. Por ella.

Pero él sabía que eso no era del todo cierto. Su esposa no estaba muy contenta de verle, pero él quería estar allí porque no soportaba estar lejos de ella. Sus viajes de negocios eran necesarios y así se lo había dicho a Abby antes de casarse, pero cada día se hacía más duro dejarla.

Cuando estuvo lo bastante cerca para mirar aquellos ojos azules, vio un destello de emoción. Ella estaba furiosa, aunque nadie más se diera cuenta.

—Cariño —dijo él, forzando una sonrisa—. Lo conseguí.

—Ya lo veo.

Él se inclinó para darle un beso, pero ella retrocedió y tropezó levemente. Luke se quedó mirando la copa de champán que tenía en la mano.

—¿Cuánto has bebido?

—Eso no es asunto tuyo, ¿no? —le espetó entre dientes.

Aunque furiosa, Abby siempre le dejaba sin aliento. Llevaba el pelo recogido en un moño del que asomaba una lluvia de mechones dorados. Se había puesto el collar de rubíes que le había regalado en su primera Navidad juntos, y aquella enorme piedra preciosa reposaba sobre su escote, y hacía juego con el traje rojo oscuro que llevaba puesto. Los pendientes también eran un regalo de aniversario y relucían como gotas de sangre sobre su blanca piel.

Luke se encogió de miedo ante aquella metáfora.

Abby no era alta, pero tenía un hermoso cuerpo. Era el tipo de mujer con el que soñaban los hombres, y él no había sido una excepción.

—¿Por qué has venido, Luke? —le preguntó enojada.

—¿Qué quieres decir? —respondió él mientras miraba a su alrededor por si los estaban escuchando.

—Quiero decir que no me puedo imaginar por qué te has molestado en venir.

—Te dije que vendría.

—Oh —asintió con la cabeza y esbozó una irónica sonrisa—. Y tú nunca me mientes, ¿verdad, Luke?

Él permaneció en silencio y metió las manos en los bolsillos para no agarrarla. Siempre elegía la respuesta más segura: responder a una pregunta con otra pregunta.

—¿Por qué habría de mentirte, cariño?

—Eso es justo lo que yo me preguntaba —Abby alzó la voz y atrajo algunas miradas.

—Abby...

Luke fulminó con la mirada al hombre que tenían al lado y éste se apartó un poco, pero siguió escuchando.

—Este no es el lugar para...

—¿Para qué? —balanceó la copa y derramó algo de champán—. ¿Para hablar de por qué me miente mi marido?

Luke se puso tenso y la agarró del brazo, pero ella se echó hacia atrás rápidamente. La forma en que huía de él le dolió mucho.

—No te mentí —«hasta este momento», pensó avergonzado.

Había sido muy cuidadoso a lo largo de los años y siempre había camuflado la verdad a la hora de dar excusas. Aquellas verdades maquilladas le habían servido de consuelo durante muchas noches solitarias, a pesar de saber que estaba mintiendo a la mujer que amaba.

Pero tendría que haber sabido que no duraría para siempre.

—Mentiroso —susurró Abby con la voz herida—. Te llamé al hotel de Sacramento hace un par de días.

—Sí, lo sé. Hablamos durante media hora.

—¡Ah! —levantó la barbilla y lo miró desafiante—. Yo ya había llamado al hotel antes de eso —dijo y siguió de largo con paso vacilante.

Luke volvió a mirar la copa de champán. Había bebido demasiado.

—Abby...

—No tenía el número que me habías dado, así que llamé a información. ¿Quieres saber qué me dijeron? —el sarcasmo y el tono de su voz hizo volverse a muchos invitados.

—Creo que ya has bebido bastante champán —dijo Luke al quitarle la copa.

—¡Eh! Aún no he terminado.

—Oh, sí. Yo creo que sí —insistió Luke, asiendo la copa con una mano y agarrándola del brazo con la otra. Decidido, la condujo hacia la puerta y salieron al patio.

Fuera se oía un hilo de música y un leve murmullo. Las otras parejas que se habían atrevido a salir aquella fría noche de octubre se habían apartado en busca de privacidad.

Abby no tardó en soltarse y él la dejó ir. Desde allí se podía vislumbrar la penumbra del campo de golf, iluminado por la luz de la luna

y algunas farolas. Los rayos de luz se derramaban en claros sobre la hierba y se hacían añicos sobre los árboles alineados a ambos lados de la calle. Oyeron el ruido del motor de un coche sobre el incesante murmullo del agua de la fuente que adornaba el patio.

Abby le miró y Luke habría querido estrecharla entre sus brazos, pero sabía que su abrazo no sería bienvenido. Ella tenía los ojos llenos del dolor que él le había causado.

Nunca había tenido intención de hacerle daño, pero siempre había sabido que al final ocurriría.

—En el hotel de Sacramento no sabían nada de ti, Luke —un mechón de pelo le cayó sobre los ojos y echó a un lado la cabeza para apartárselo de la cara—. No estabas registrado. Nunca habías estado registrado —dejó escapar una sonrisa sarcástica—. Les dije que siempre te quedabas allí cuando estabas en la ciudad, que había hablado contigo dos días antes. Pensaron que estaba loca.

—Te lo puedo explicar —no estaba seguro de poder hacerlo, pero lo intentaría.

Ella alzó la mano para hacerle callar.

—Cuando llegué a casa, llamé al número que me habías dado y... *Voilà!* La recepcionista del hotel, una mujer con una voz muy sexy, por cierto, me comunicó directamente con tu habitación. ¡Qué interesante! ¿No?

—Abby, hay una explicación para todo —ella nunca creería la verdad, así que tendría que buscar una historia alternativa.

—¡Claro que la hay! Esta todo muy claro.

Él intentó ayudarla cuando volvió a tropezar, pero ella retrocedió.

—No me vuelvas a tocar —susurró furiosa—. No quiero que me vuelvas a tocar.

Luke se encogió de dolor ante aquellas palabras.

—Me mentiste, Luke —se le llenaron los ojos de lágrimas—. A lo mejor has estado mintiéndome desde el principio. ¿No es así?

—No, Abby. No.

Ella sacudió la cabeza sin estar convencida.

—Hace un par de meses Delia Forrester me insinuó que cuando salías de viaje no era por negocios. Insinuó que estabas con otras mujeres.

Delia Forrester era una cuarentona fría y calculadora. Se había casado con un hombre treinta años mayor que ella, pero no tenía reparo en tirarles los tejos a hombres jóvenes. Luke había tenido que deshacerse de ella con amabilidad, pero estaba claro que había encontrado una forma de desquitarse por su rechazo.

—Delia Forrester es una arpía, y tú lo sabes.

—Pero eso no significa que esté equivocada. Yo te defendí. Defendí a mi marido. ¿Sabes? Y ahora me pregunto si realmente eres mi marido. ¿Estamos casados legalmente?

—Por supuesto que sí. Nos casamos aquí mismo —le dijo con una voz tensa—. En esta sala de fiestas.

—Eso no significa que sea legal. Eso no impide que puedas tener veinte esposas por todo el país —Abby hizo una pausa, presa del hipo—. A lo mejor tienes unas cuantas en Europa.

—¿Qué? ¿Es que ahora soy bígamo?

—Y ¿por qué no? Mientes tan bien que debes de tener mucha experiencia —Abby dio un paso adelante y le empujó con ambas manos. El chal se le deslizó hasta los codos y volvió a subírselo—. Toda nuestra vida es una mentira, Luke, No creo nada de lo que me has dicho. Ya puestos, podrías haber planeado nuestro encuentro en el avión. Quizá me hayas tendido una trampa para casarte, fingir quererme y entonces...

El corazón de Luke se encogió de dolor con aquellas palabras, pero sabía que no podría detenerla, así que la dejó continuar. Cuando terminara, trataría de hablar con ella para darle la mejor explicación posible. Intentaría darle la respuesta que exigía para no perder lo más importante de su vida.

No soportaba verla herida, pero no tenía derecho a implicarla en su desastrosa vida. Cuando se sentó en aquel avión supo que ella sería la mujer de su vida y aquellas dos semanas en París le dieron un atisbo de la felicidad que podría haber conseguido de haber sido otra persona. Tanto así, que no pudo decir adiós cuando llegó la hora.

La idea de vivir sin ella le resultaba insoportable y terminó haciendo aquello que había prometido no hacer: involucrar a un inocente.

Pero iba a perderla de todos modos.

La mirada de Luke se apagó al ver llorar a la mujer que amaba. Abby nunca lloraba, no perdía el control y siempre sonreía. Había logrado mantenerse firme incluso después de la muerte de su madre.

Luke sabía que era el único culpable de que se desmoronara. Con la boca seca y el corazón desbocado, agarró la copa de champán que le había quitado unos minutos antes y se la llevó a los labios, pero justo antes de darle un sorbo, detectó un aroma muy familiar y, frunciendo el ceño, inspiró una vez más para asegurarse, pero el olor era inconfundible.

Almendras ácidas.

Cianuro.

Se le heló la sangre y miró a su alrededor. Desde donde estaba pudo ver a tres camareros con bandejas de aperitivos y bebidas. Cualquiera de ellos podría haberle dado la copa. Quizá hubiera sido un ataque al azar...

Envuelta en un halo de luz de luna, Abby resplandecía en la noche. A pesar del dolor de sus ojos, seguía siendo la mujer más hermosa que

jamás había visto. Y si no hubiera llegado en ese momento, ya estaría muerta. El cianuro no daba una muerte dulce, pero sí rápida.

De pronto, sintió un escalofrío. Alguien había intentado matar a su esposa, la persona que lo era todo para él.

—Vamos —dijo repentinamente.

—¿Qué? —sorprendida, ella dejó de increparle—. ¿Ir adónde?

—A casa.

—No voy a volver a casa contigo.

—Ya lo creo que sí —susurró.

Tomó la copa de champán con una mano y, agarrándola del brazo, se la llevó al aparcamiento.

—Luke, déjame —dijo Abby con decisión.

Tenía que sacarla de allí, le gustara o no. No estaba dispuesto a quedarse por allí para darle una segunda oportunidad al asesino.

Luke se paró en seco y la miró a los ojos.

—Abby, dejaremos esto para más tarde. O andas o te llevo en brazos. Tú decides.

Un destello de confusión brillo en los ojos de la joven.

—Eres imbécil, Luke Talbot.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Pero es la primera vez que te lo digo yo —replicó Abby con rabia—. Voy a hacerte pagar por esto.

—Entonces ponte a la cola.

Luke la agarró con más fuerza y bajaron las escaleras tan deprisa que Abby tropezó varias veces. Aún tenía la copa en la otra mano y no quería derramar ni una gota, ni tampoco estropear las posibles huellas que tendría el cristal. Tenía que encontrar una manera de hacerle ver que la amaba y que podía confiar en él.

Vivían en una casa con un hermoso jardín. La explosión de color de los crisantemos relucía a la luz de la luna y una hilera de ventanas con cristales ahumados decoraba la fachada principal.

La pálida luz de una lámpara brillaba en su interior.

Abby tragó con dificultad mientras Luke aparcaba el coche. Él no había dicho ni una palabra durante el viaje, sino que se había limitado a conducir con una sola mano al tiempo que sostenía la copa de champán con la otra.

Después de todo, no había mucho que decir.

Abby no podía pensar con claridad y le dolía la garganta por la discusión.

En otra época, le había encantado aquella casa.

Recién casados, solían hacer el amor en todas las estancias y Abby no pudo evitar recordar esos momentos al subir las escaleras.

Sin embargo, ya nada era lo mismo. Se sentía vacía al andar por aquella casa. No había ruido de niños porque Luke había querido esperar para tener hijos, y Abby había seguido adelante con la esperanza de que un día formaran la familia de la que habían hablado en París.

Luke apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Tenemos que hablar.

—Me pregunto cuántos matrimonios habrán llegado a su fin con esas palabras.

—Abby, no quiero terminar nuestro matrimonio.

La joven le miró a los ojos y leyó una disculpa en ellos, pero sabía que era demasiado tarde. Le había querido tanto que era duro aceptar que todo acabaría pronto.

—Es demasiado tarde para eso, Luke —dijo antes de salir del coche.

Tras pasar por delante del vehículo rumbo a la casa, se lo encontró de frente. Aun sostenía la copa de champán.

—¿Por qué traes eso?

—Te lo digo dentro.

Tenía una expresión distante y ella sabía que sería inútil discutir. Además, no tenía ganas de enzarzarse en otra disputa. Estaba exhausta y lo único que quería hacer en ese momento era irse a la cama.

Luke abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Al ver la luz de aquella lámpara solitaria, Abby sintió ganas de llorar. Probablemente iban a pasar sus últimos momentos juntos.

—Ven al salón —dijo él y dio al interruptor de la luz.

Las paredes de ladrillo gris daban un toque impersonal a la estancia, pero los paisajes que las decoraban le devolvían la vida. La chimenea estaba en sombras y un ramo de crisantemos recién cortados despedía un agradable aroma.

Luke puso la copa sobre la repisa de la chimenea y se detuvo delante de una ventana para cerrar las cortinas. Abby pensó que hacía bien. No había razón para dar un espectáculo.

De todos modos, las casas de Eastwick estaban tan aisladas que nadie la oiría aunque gritara, ni tampoco la verían aunque bailara desnuda delante de las ventanas. En otra época Luke y ella habían comprobado que en efecto era así, pero eso ya formaba parte del pasado y tenía que hacer frente al presente.

Luke se volvió y en sus ojos Abby vio algo que jamás había visto.
Miedo.

Capítulo Tres

—¿Qué pasa? —preguntó Abby.

El respiro hondo y se acercó a ella. Tenía una mirada seria y una expresión tensa que Abby nunca había visto en él.

—Hay algo que tienes que saber.

—Si es otra mentira, no te molestes —dijo Abby en un intento por proteger su maltrecho corazón.

—No te he mentado —dijo agarrándola de los hombros.

—¿De verdad? ¿Entonces se equivocaron en el hotel al decirme que nunca habían oído hablar de ti?

—Te lo puedo explicar.

—Con otra mentira. No, gracias.

—Abby, está ocurriendo algo.

—No me digas.

—Es algo —susurró agarrándola con más fuerza—, que no tiene nada que ver con nosotros.

A Abby se le encogió el corazón.

—Entonces estás preocupado por otra cosa, y no por lo nuestro. Es otra cosa. Algo mucho más importante que nuestro insignificante matrimonio.

—Maldita sea, ¿por qué no me escuchas?

—No me estás diciendo nada, Luke. ¿Por qué debería escucharte?

Abby le miró fijamente y trató de leerle el pensamiento, pero él tenía demasiada práctica en ocultárselo.

—No quiero más mentiras, Luke. No quiero que finjas que nuestro matrimonio... que yo te importo. No puedo seguir actuando como si no pasara nada. No puedo seguir con esta mentira.

—Yo te quiero, Abby. Eso no es una mentira —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué debería creerte?

Luke la soltó un poco y ella se apartó enseguida.

Sin el calor de sus manos volvió a quedarse helada, pero tenía que hacer todo lo posible para alejarse de él.

—Siento que pienses así —dijo Luke con firmeza—. Y juro que intentaré hacerte cambiar de opinión. Pero ahora, hay algo más que debes saber.

—¿No puede esperar a mañana? —Abby sentía que ya había tenido bastante por una noche.

—No.

—De acuerdo —la joven se resignó a seguir escuchando—. Entonces dímelo de una vez para irme a la cama.

—Tu champán estaba envenenado.

A Abby se le aceleró el pulso e intentó decir algo, pero no le salieron las palabras. «¿Envenenado?».

—Estaba a punto de bebérmelo cuando me di cuenta —le explicó Luke echando una mirada a la copa de champán.

—¿Qué? —exclamó Abby—. ¿Cómo te diste cuenta? ¿Te lo bebiste? No bebiste nada, ¿verdad? —presa del pánico, Abby se lanzó hacia él y le puso las manos sobre el pecho, como si estuviera buscando una herida.

No obstante, sabía que aquello era ridículo. Si hubiera probado el champán ya habría muerto.

—Oí un aroma almendrado antes de darle un sorbo —Luke le tomó las manos y las apretó con fervor—. Era cianuro, Abby. Si te lo hubieras tomado... si no hubiera llegado a la fiesta y te lo hubiera quitado...

Luke la miró con amor y ella sintió el calor de su afecto mientras intentaba asimilar las palabras que acababa de decirle. Un pánico desmesurado se apoderó de ella.

—Por Dios, Luke. Si no hubieras olido la bebida... ¿Cómo pudiste? Supongo que tuve suerte.

«Mucha suerte», pensó Abby. Si no se hubiera dado cuenta tan rápidamente, habría muerto en el patio, y lo último que hubiera oído habrían sido sus reproches y reclamos. Sin embargo, aunque ella sabía que ya no podía vivir con él, no hubiera podido vivir sabiendo que estaba muerto.

—¿Cómo? ¿Por qué lo hicieron? ¿Y quién?

—No lo sé. Pero te prometo que lo averiguaré —contestó Luke.

—Mi madre fue asesinada, Luke.

La madre de Abby, Bunny, se había tomado sus pastillas para el corazón sin saber que alguien las había cambiado por placebos.

—¿Crees que se trata de la misma persona? A lo mejor fue un accidente.

Luke empezó a hablar, pero ella lo interrumpió.

—No. No echas cianuro en una copa por accidente. Pero quizá no fuera yo el objetivo.

La mente de Abby se llenó de imágenes de gente riendo, hablando y bailando. Todos se lo estaban pasando bien excepto uno: un asesino que se paseaba por la sala de fiestas como si nada.

¿Cómo hubiera podido imaginar que una de las personas a las que conocía de toda la vida era un despiadado asesino?

Sin embargo, lo que sí sabía era que alguien había matado a su madre, y a lo mejor había decidido ir tras ella.

—No hay forma de saber si eres la víctima que buscaban —dijo Luke.

—Podría ser un error.

—Tal vez —el tono de Luke no era muy convincente.

—Deberíamos decírselo a alguien.

—Lo haremos.

—Luke...

Él le acarició el pelo con las puntas de los dedos y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Eres tan hermosa, Abby —murmuro mirándola a los ojos—. Por Dios, no puedo ni pensar en lo que habría podido pasar esta noche.

—Oh, yo tampoco, Luke. Yo tampoco —Abby tuvo que contener las lágrimas. No obstante, sabía que aquello era un error... pero no le importaba.

Aunque se fueran a separar, tan sólo quería pasar una noche más a su lado, quería estar en sus brazos una vez más. Habían estado muy cerca de la muerte esa noche y podría haberlo perdido para siempre...

—Lo eres todo para mí, Abby —susurró antes de darle un beso.

Como siempre, ella sintió el fuego de un volcán en su interior. Con un simple roce, Luke encendía una chispa en lo profundo de su ser.

El beso se hizo más apasionado y Abby lo agarró de los hombros al sentir que el mundo le daba vueltas. Ahí estaba la magia. Su mente se nublaba y la invadía una ola de sensaciones que arrasaba toda racionalidad. Eso era lo que les había hecho acabar juntos.

—Te necesito —dijo él mientras le besaba el cuello.

Abby echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Él empezó a acariciarla lentamente y le desabrochó el botón de la estola, que cayó al suelo suavemente.

Las manos de Luke le recorrieron todo el cuerpo y por fin se posaron sobre el colgante de rubí.

Él la miró a los ojos y sonrió.

—Te lo pusiste para mí esta noche.

Ella hubiera querido negarlo, pero tenía razón.

Mientras se vestía, había imaginado cómo la miraría al ver que lo llevaba puesto.

—¿Recuerdas cuando te lo di?

—Sí —dijo con un suspiro.

—Fue durante nuestra primera Navidad juntos. Era Nochebuena, y estábamos sentados aquí mismo, a la luz del árbol de Navidad —prosiguió Luke.

Hipnotizada por su voz, Abby se acercó un poco más.

—Te lo di entonces porque no podía esperar a la mañana siguiente —tocó la piedra y Abby sintió el tacto de sus manos sobre la piel—. Lloraste. Me dijiste que era tan bonito que merecía esas lágrimas.

—Luke...

—Te lo puse e hicimos el amor frente al árbol de Navidad —soltó el colgante y le acarició los pechos con las yemas de los dedos—. Aún te recuerdo aquel día, Abby. Sólo llevabas el colgante, que brillaba sobre tu piel.

A Abby se le hizo un nudo en la garganta.

—Y estabas tan hermosa —susurró—. Tú sí que merecías aquellas lágrimas.

—Luke... —le rodeó el cuello con los brazos y apoyó el rostro sobre su pecho, dejándose embriagar por su aroma.

Él le desabrochó la cremallera y el vestido se precipitó hacia el suelo.

—¿Estabas desnuda? —le preguntó sorprendido—. ¿No llevabas nada bajo ese vestido?

Abby se quitó los zapatos.

—No quería que se marcara la lencería —le respondió, y fue hacia él como lo había hecho aquella noche.

—Podría haberte perdido esta noche —murmuró él mientras la colmaba de besos—. Podría haberte perdido para siempre.

Abby cerró los ojos y decidió no pensar en la verdad. Aunque hubiera sobrevivido al ataque, Luke ya la había perdido.

No obstante, fingiría sólo por una noche. Olvidaría el dolor y la traición para entregarse a Luke sólo una vez más.

—Tócame, Luke.

—Abby...

Pronunció su nombre con pasión mientras ella le quitaba la chaqueta del traje y le desabrochaba la camisa. Él no tardó en deshacerse del cinturón y los pantalones al tiempo que ella acariciaba su pecho musculoso.

Mientras exploraba su cuerpo, Abby se dio cuenta de que Luke nunca dejaba de sorprenderla. Parecía tan esbelto con aquel traje, que era imposible imaginar que fuera tan fuerte y varonil. El fino vello de su pecho, un abdomen liso y firme...

Abby notó que estaba muy excitado, listo para darle el mayor placer que jamás había experimentado.

Luke extendió los brazos y le acarició los pezones. Ella se quedó sin aliento al tiempo que un cúmulo de sensaciones le atravesaba el cuerpo.

—No creo que pueda esperar a subir al dormitorio —dijo él.

—Eso no será necesario.

Abby se puso de puntillas y le dio un apasionado beso. Luke dejó escapar un gemido y empezó a acariciarle la entrepierna.

Ella se quedó sin aliento mientras él exploraba su sexo desnudo hasta despertar un intenso deseo en su interior. Sus bocas retozaban en un juego de amor y ella separó los muslos con impaciencia.

Luke se abrió camino con los dedos y Abby se estremeció de placer. Lo que más necesitaba en el mundo era el tacto de su piel.

A punto de alcanzar el éxtasis, Abby sintió cómo se le tensaba el cuerpo, y por un instante, quiso poder parar el tiempo. Entonces, todo estalló en un aluvión de emociones y su cuerpo se sacudió de placer al tiempo que Luke la hacía llegar al clímax más arrollador.

Después la tumbó sobre el sofá.

—Tengo que hacerte mía, Abby. Ahora.

—Sí, Luke. Ahora.

Abby le rodeó la cintura con las piernas y levantó las caderas. Él la llenó por completo, colmando no sólo su cuerpo, sino también su alma. Siempre era así con Luke. Ningún otro había llegado tan dentro.

En un baile de caderas, se abrió a él y le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que recorría la línea de su columna vertebral con la yema de los dedos. Abby volvió a sentir un deseo galopante y se preparó para otro momento de éxtasis. Contuvo la respiración y empezó a moverse con frenesí, piel contra piel. Y cuando ya no podían esperar más, se lanzaron juntos al precipicio del clímax.

Unos minutos más tarde, Luke la abrazó y, tomándola en brazos, la llevó al dormitorio. En la habitación reinaba la oscuridad. Unos débiles rayos de luz de luna se colaban por las rendijas de la ventana e iluminaban la amplia cama matrimonial.

Luke retiró el edredón de un manotazo. Aquella noche deseaba mucho más de su esposa y nunca saciaría su sed de ella. Aún recordaba el incidente del champán, y necesitaba seguir besándola y tocándola para asegurarse de que estaba bien. Habría de encontrar una forma de solucionar los problemas que tenían, pues no estaba dispuesto a perderla. No podía perderla.

Tras dejarla sobre la cama se detuvo a contemplarla. Tenía los ojos llenos de pasión satisfecha, los labios colmados de besos, y el cuerpo relajado tras el éxtasis. El rubí relucía sobre su piel suave...

Parecía una diosa y él la deseaba desesperadamente. Siempre había sido así.

—Luke... —dijo de pronto con un suspiro que le sacudió el alma.

Ella extendió los brazos hacia él y Luke recibió su abrazo como alguien que ha vuelto a casa tras un largo viaje. El roce y el calor de su piel reavivó la llama.

Luke la acarició lentamente, mordisqueó sus pezones duros y la colmó de besos embriagadores que la hicieron gemir. Abby dobló una rodilla y Luke supo lo que quería... lo que necesitaba. Le sonrió y deslizó su mano derecha por el vientre de la joven hasta llegar a su fuente de pasión. La joven se estremeció y empezó a mover las caderas al ritmo del placer, pidiéndole más. Sin embargo, Luke quería tomarse su tiempo, provocar un incendio de pasión en el que ambos se derritieran, así que se arrodilló sobre el suelo y tiró de las piernas de Abby. Ella se apoyó sobre los codos y él pudo ver un destello de deseo sin control en sus ojos.

Entonces empezó a besarla en la entrepierna hasta llegar al punto más álgido de su sexo, sin dejar de mirarla a los ojos. Probó su sabor, recorrió el epicentro de aquel volcán, haciendo que entrara en erupción.

Abby se lanzó hacia él y le acarició el cabello, pero Luke no cesó en su empeño. Alcanzó el punto más sensible y la joven se estremeció.

—Luke, es tan maravilloso —susurró con voz entrecortada al tiempo que le clavaba los talones en la espalda—. Tan... maravilloso.

Él la sujetó de las nalgas para levantarla de la cama, pero ella le agarró de la cabeza, como si temiera que la dejase así. Sin embargo, Luke sólo quería llevarla al límite, al paraíso del placer... Abby gritó su nombre y él la abrazó con fuerza mientras el mundo que los rodeaba se hacía añicos.

Capítulo Cuatro

Abby se acurrucó al lado de Luke y apoyó la cabeza sobre su pecho. Él la rodeó con los brazos y ella pudo escuchar los latidos de su corazón. Ésa sería la última vez que estarían juntos y el corazón de Abby se rompió en mil pedazos cuando se dio cuenta de que tendría que pasar el resto de su vida sin él. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si Luke era realmente quien decía ser. Después de todo, le había mentado en algunas ocasiones.

Cerró los ojos y derramó una lágrima solitaria que cayó sobre el pecho de él.

—Abby...

—No, por favor... —ella le detuvo con una mirada—. Luke, no digas nada ahora. Pasemos esta noche juntos y dejemos todo lo demás para mañana.

Él puso una expresión seria, como si estuviera decidido a replicar, pero pronto se lo pensó mejor y le acarició la barbilla con amor.

—Abby, sé lo que estas pensando de mí... pero estás equivocada.

Con el corazón en un puño, ella soltó el aliento y buscó sus caricias.

—Ojalá fuera verdad.

—Sólo tienes que escucharme —susurró él con ojos suplicantes.

Pero Abby no podía. El zarpazo de la traición la había dejado dolorida. Aún recordaba cómo se había sentido al descubrir que su esposo le había mentado al decirle dónde se hospedaba. Dijera lo que dijera, en aquel hotel no habían oído hablar de él. Además, quien había contestado al teléfono era una mujer.

—No puedo, Luke. No puedo.

Justo antes de que cerrara los ojos Abby vio un destello de dolor en ellos, pero el suyo propio era tan fuerte que no había comparación posible.

Luke la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. La abrazó con todas sus fuerzas y hundió el rostro en su cabello mientras dejaba escapar un suspiro.

—Tenemos un problema, Ab —dijo tranquilamente.

—Lo sé.

—Eso no era lo que yo quería.

Un relámpago de dolor le recorrió el cuerpo al oír esas palabras. Era duro descubrir que él no quería que se enterara de sus mentiras.

—Por favor, Luke —dijo con los labios sobre su piel—. No digas nada más.

Él le recorrió la línea de la columna vertebral con ambas manos y le acarició los glúteos. Abby le miró a los ojos y vio fuego en su interior.

—Si no me dejas decirte lo que siento —dijo con una mirada que la hizo temblar de pasión—, lo único que puedo hacer es demostrártelo.

Luke le dio la vuelta y la colocó sobre la espalda al tiempo que Abby dejaba escapar un gemido. La sujetó por la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás sin dejar de mirarla fijamente.

—Ya te lo he dicho, Abby —la asió con más fuerza—. Lo eres todo para mí.

Se abrió camino hacia su interior y la hizo suya con frenesí. Abby empezó a jadear al ritmo de sus movimientos y se abrió como una flor en primavera. Como en todo lo demás, ambos estaban sincronizados y encajaban a la perfección. En la cama no había mentiras.

—Hazme tuyo —susurró Luke al incorporarse y colocarla sobre él.

Sus cuerpos formaban uno y Abby se sentó sobre su vientre. Sintió que él había llegado muy dentro de ella.

—Hazme tuyo, Abby, y déjame hacerte mía.

Ella empezó a moverse con una suave cadencia y poco a poco fue acelerando el ritmo hasta sumergirse en un mar de gemidos y aliento compartido. Luke inclinó la cabeza y, mientras le mordisqueaba el pezón, la hizo llevarle hasta el precipicio del olvido. Aspiró su aroma y la agarró por la cintura al sentir que se avecinaba la avalancha del éxtasis. Entonces, la miró a los ojos y se perdió en aquella inmensidad azul que siempre sería su hogar.

A la mañana siguiente, Abby se despertó sola. La almohada aún tenía el aroma de Luke, pero él se había ido.

La joven se incorporó y miró a su alrededor, pero al no verle, se volvió a tumbar. Su ausencia no debería haber sido una sorpresa, pero esa noche casi se había convencido de que su matrimonio no estaba acabado. Si se complementaban tan bien y había una atracción tan primaria entre ellos, quizá quedaba esperanza.

«Por Dios, Luke, alguien trató de matarme anoche. ¿No podrías quedarte un rato más?», pensó con tristeza.

Echó una mirada a la habitación, pero no quedaba ni rastro de él, excepto por la ropa que se había quitado la noche anterior. Quizá el cianuro no fuera para ella, pero lo cierto era que había estado a punto de tomárselo y podría haber muerto. Sin embargo, Luke se había ido a trabajar como si nada.

—Bueno, por lo menos sé a qué atenerme —susurró.

Agarró el teléfono que estaba en la mesita de noche y llamó a su abogado. Era domingo por la mañana, pero para eso le pagaban un montón de dinero.

—¿Louis?

—¿Señora Talbot?

—Sí. Ya sé que es domingo, pero quisiera que le entregara los papeles a mi esposo hoy mismo.

—¿Hoy? Pero...

—Por favor, hágalo sin más. Ya le he dado el número de la empresa. Seguro que está allí.

Luke era un esclavo del trabajo y le dedicaba muchas horas, Si hubiera dedicado la mitad de ese tiempo a su matrimonio, ese día nunca habría llegado.

El abogado le puso algunas objeciones.

—Contratar un servicio de mensajería privada en domingo puede ser muy caro —le dijo.

Sin embargo, a Abby no le importaba, pues quería terminar con todo cuanto antes. De pronto sintió un profundo dolor y se frotó el pecho con la mano, pero no funcionó.

—No importa. Por favor, haga que le lleguen los papeles en una hora.

—Por supuesto. Me pondré en ello ahora mismo.

—Gracias.

Colgó y dejó la mano sobre el teléfono durante un rato, pero ya no podía volver atrás. Había tomado esa decisión varias semanas atrás y era mejor hacerlo rápido. Así, los dos podrían seguir adelante con sus vidas.

Solos.

Cuando llegó al trabajo, Luke fue a ver a los *freaks* del laboratorio, aquellos que pueden descifrar cualquier misterio bajo la lente de un microscopio.

—Tiene que haber algo —dijo con expectación.

Bernie Burkower miraba a través de la potente lente del microscopio electrónico y Luke estaba a su lado.

—Sí —dijo Bernie mientras se colocaba bien las gafas sobre su nariz aguileña—. Contiene cianuro.

—Bueno, ya lo sabía —dijo Luke entre dientes—. Lo que quiero saber es quién lo puso en el champán.

Bernie le siguió con su mirada miope mientras se paseaba impaciente por el laboratorio, y se encogió de hombros.

—Eso no te lo puedo decir, Talbot, a menos que hayas sido tú o tu esposa. Las únicas huellas sobre el cristal son las vuestras.

—Genial —se paró delante de Bernie—. Quiero que lo vuelvas a mirar y que examines la base de la copa. Podrías conseguir una huella parcial.

Bernie le lanzó la típica mirada engreída que todos los técnicos reservaban para los agentes de campo.

«Si fueras tan listo como yo, estarías haciendo este trabajo, así que déjame en paz», parecían decir aquellos ojos.

—Ya he examinado cada centímetro de esa copa. Exceptuando tus huellas y las de tu esposa, no hay nada sobre el cristal. Puedo hacer más pruebas con el cianuro para ver si podemos identificar su procedencia.

La frustración se apoderó de Luke y sintió que estaba a punto de explotar. La pasada noche había amado a Abby con todo su ser y acababa de descubrir que no podía garantizar su seguridad. Si hubiera habido huellas sobre la copa de champán, habría podido saber quién era el objetivo desvelando la identidad del supuesto asesino, y por lo menos tendría a alguien a quien encerrar.

Se dio la vuelta hacia la cristalera que separaba el laboratorio del resto de la oficina. Todos sus compañeros estaban trabajando en los casos que les habían asignado. Todos excepto él.

Pero no podía concentrarse sabiendo que alguien podía estar intentando matar a su esposa.

Sonó el teléfono y Bernie respondió.

—Burkower —hubo una pausa—. De acuerdo. Se lo diré.

Luke le miró.

Bernie colgó y se encogió de hombros.

—El director quiere verte ahora mismo.

Luke se frotó la cara con la mano y asintió.

—Examínalo de nuevo —dijo señalando la copa de cristal.

Salió a toda prisa del laboratorio y descubrió que la oficina no estaba tan tranquila. Se oía el murmullo de los teclados, teléfonos sonando, decenas de conversaciones simultáneas y los gritos de algún sospechoso esposado.

A los ojos del mundo, la empresa no diseñaba más que software. Sin embargo, unos pocos conocían a qué se dedicaba realmente.

Luke camino a lo largo del pasillo. A su paso se sucedían pequeños despachos, oficinas acristaladas y agentes secretos que parecían matones callejeros.

Él conocía muy bien ese mundo. Había pertenecido a él desde su salida de la universidad.

A Luke lo había captado una agencia gubernamental y él se había adaptado a la vida encubierta como un camaleón. Podía pasar de un baile en la embajada a los suburbios de Hong Kong sin problemas y se convertía en otro en un momento.

Le encantaba su trabajo, y no solo por la subida de adrenalina que suponía jugar a los espías, sino porque sabía que estaba contribuyendo a hacer un mundo más seguro para los niños que esperaba tener con Abby.

«Abby».

Antes de entrar en la oficina del director, tuvo que volver a la realidad.

En aquel vuelo a París, Luke se había dado cuenta de que ella era diferente. Él había nacido para amarla y, aunque sabía que casarse con una civil sería difícil, no pudo resistirse a realizar su sueño. Quizá había sido egoísta por su parte, pero no fue capaz de alejarse de ella. La vida sin Abby no era una vida.

Sin embargo, su matrimonio se estaba derrumbando bajo una montaña de medias verdades dichas a lo largo de los años. Él no hubiera querido ser tan reservado con ella, sino compartirlo todo, pero de haberlo hecho, la hubiera puesto en peligro.

Y de todos modos, tenía motivos para temer por su vida. La noche anterior Abby se había librado por los pelos y no sabían quién estaba detrás del intento de asesinato. ¿Podría haber sido la misma persona que asesinó a la madre de Abby, o era otro de los enemigos de Luke?

Si él era el responsable de que hubieran intentado acabar con su vida, ¿cómo podría vivir con eso?

La puerta más cercana se abrió de golpe, y por ella salió un hombre calvo de unos sesenta años, con un tupido bigote gris.

—Cuando hago venir a un agente, quiero que entre en mi oficina —le espetó Tom Kennedy—, y no que se quede fuera, pensando en las musarañas.

El hombre se dio la vuelta y se dirigió a su escritorio. Luke le siguió y cerró la puerta. El despacho era grande, tal y como se esperaba del director de una agencia que trataba con el presidente, y todo estaba impecable, excepto por el escritorio de Tom. Su mesa estaba cubierta de expedientes, fotografías, notas, un sándwich sin terminar y un tarro de judías volcado cuyo contenido se había derramado.

No obstante, Tom sabía dónde estaba cada cosa.

El suyo era un extraño desorden organizado.

—Lo siento —dijo Luke—. Tengo algunas cosas que pensar.

—Tienes mucho en lo que pensar. Por ejemplo, tu viaje a Praga —dejó caer un expediente sobre la mesa—. Todo el papeleo está ahí. Itinerario, billetes, el nombre de tu contacto. Te vas en dos días. Luke examinó el expediente y lo volvió a cerrar, tratando de ignorar los acelerados latidos de su corazón. Le gustaba mucho empezar un nuevo trabajo. La emoción,

el riesgo, la satisfacción de salirse con la suya bajo las mismas narices de los tipos que habrían de impedírselo...

—No puedo hacerlo —metió las manos en los bolsillos.

—Te encontraras con Schuman antes de irte a Berlín —Tom anotó algo sobre un expediente y lo guardó en una estantería.

—No estás escuchando —insistió Luke entre dientes—. No voy a ir.

Tom no paraba de hablar.

—Le darás el chip a Schuman. Él lo codificará y nos los enviará a nosotros.

Luke había trabajado muchas veces con el agente alemán. Eso no era un problema.

—Tendrás que mandar a otro en esta misión. Manda a Jackman.

Tom dejó escapar un bufido.

—Jackman no habla alemán.

—Entonces manda a otro.

—Comprueba tus billetes. Asegúrate de que todo esté correcto antes de marcharte.

En una ocasión había descubierto que habían comprado los billetes en la compañía equivocada justo al llegar al aeropuerto, y había tenido que salvar la situación... como siempre.

—Me trae sin cuidado que los billetes estén correctos porque no voy a ir.

—Llegarás a Praga tres horas antes de la reunión.

—Maldita sea, Tom —dijo Luke al tiempo que estrellaba los puños sobre la mesa del jefe—. Te he dicho que no puedo ir esta vez.

—Ya te he oído —Tom se acomodó en su sillón de cuero—. Pero no estoy escuchando.

—Bueno, entonces deberías empezar. No me puedo marchar. Las cosas en casa...

—¿Abby?

Luke se llevó la mano a la cabeza.

—Llamó al hotel de Sacramento y descubrió que no estaba registrado.

Tom sacudió la cabeza.

—Un despiste que no se volverá a repetir.

—No se trata de eso —dijo Luke, intentando apaciguar a su viejo amigo y mentor—. Se trata de que Abby no se fía de mí.

—¿Acaso debería?

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo, Luke. Le has estado mintiendo desde que os conocisteis, y para poder seguir haciendo tu trabajo, tendrás que seguir mintiéndole.

—Quizá no debería volver a hacer este trabajo.

—Eres demasiado bueno para dejarlo.

Luke se volvió y le miró fijamente.

—No estoy dispuesto a perderla por esto.

—Y yo no voy a perder a mi mejor agente. Mira, todos tenemos que hacer sacrificios. Casarse con una civil es duro.

—Ojalá pudiera decirle lo que hago, porque tuve que mentirle.

Tom se irguió y negó con la cabeza.

—Eso no es posible.

A Luke le invadió la culpa.

—Lo sé.

—Podrías ponerla en peligro.

—Creo que ya lo he hecho.

Tom frunció el ceño.

—Los del laboratorio me dicen que no hay forma de saber quién coló el cianuro en la fiesta —dijo.

—Lo averiguaré —prometió Luke y una sombra se cernió sobre su rostro—. Es por eso por lo que no podré ir a Praga. No me voy a ir mientras Abby esté en peligro.

—Maldita sea, Luke, Jackman es un inútil.

Luke se rió y se dio la vuelta cuando llamaron a la puerta.

—Siento interrumpir, señor —dijo una mujer joven. Tenía un enorme sobre marrón en la mano—. Esto acaba de llegar para el agente Talbot.

Luke esperó a que se fuera y lo abrió con impaciencia. Tras leer los papeles, se quedó mirando a Tom.

—Son los papeles de divorcio. Abby se quiere divorciar de mí.

Tom empezó a silbar.

—Por lo visto, tu esposa no te quiere cerca cuando está en peligro. ¿Qué tal suena Praga ahora?

Capítulo Cinco

—Estoy en deuda con vosotras, chicas —dijo Abby al agarrar la copa de vino blanco.

—Tranquila. Las Debs siempre están listas para reuniones de emergencia —dijo Felicity tras darle un sorbo al cóctel margarita.

Las demás asintieron con la cabeza y Abby sintió ganas de darles un beso a cada una. Había llamado a Emma en busca de consuelo después de hablar con el abogado y hacerle llegar los papeles del divorcio a Luke, pero había recibido mucho más que eso. Emma llamó a todas las demás y se reunieron en el Emerald Room.

Estaban sentadas a una mesa de la terraza con vistas a la piscina, delante de una hilera de pensamientos de vivos colores, de cara al sol de otoño. Se oía el rebote de las pelotas de tenis de una cancha cercana y la música proveniente de un bar.

Otra mesa estaba ocupada por dos ancianas vestidas de domingo que se estaban tomando un té. Hacía un poco de viento, pero la temperatura era agradable. Además, sentarse fuera significaba que nadie oiría la conversación.

—Entonces, ¿qué pasa, Ab? —preguntó Mary mientras se tomaba un té helado.

—Sí, ¿cuál es la emergencia? —dijo Lily.

—Es Luke.

Abby agarró la copa de vino con fuerza. Ya había olido la bebida en busca del aroma de almendras ácidas, y a plena luz del día le parecía ridículo pensar que alguien hubiera podido intentar matarla la noche anterior, pero la verdad era que había ocurrido y tenía que ser precavida.

—¿Qué pasa con él? —volvió a preguntar Mary, preocupada—. ¿Está enfermo?

—No —contestó Abby y volvió a poner la copa sobre la mesa—. Pero en este momento debe de estar furioso.

—Oh —exclamó Felicity—. Algo no va bien.

—Le he enviado los papeles del divorcio hoy.

Por fin había conseguido que las palabras salieran de su boca, aunque fuera en tropel. Sin embargo, oírlas en voz alta la hizo sentir un escalofrío al darse cuenta de lo que había hecho. Iba a terminar su matrimonio con un hombre con el que había pensado pasar el resto de su vida, un hombre al que aún amaba apasionadamente.

—Oh, Abby —dijo Emma con simpatía y la tomó de la mano.

—Es una pena —añadió Mary.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda —dijo Vanessa—. Llevas mucho tiempo sufriendo, Abby.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimió. No le servirían de nada y no quería ser objeto de rumores. Sin embargo, aquello resultaba irónico. Su madre había sido la reina de los cotilleos y había contado al detalle la vida de la alta sociedad de Eastwick en su columna de *The Eastwick Social Diary*. Ella vivía para las páginas de sociedad. Le encantaba mantener en jaque a amigos y conocidos, y sus columnas eran legendarias. Bunny anotaba todos los rumores, informaciones e insinuaciones, y ésa debió de ser la razón por la que la asesinaron.

Por todo ello, Abby no quería ser objeto de cotilleos. No quería que otras personas comentaran su vida privada y matrimonio. Ya tenía bastante con Delia Forrester y las historias que inventaba sobre las supuestas infidelidades de Luke.

Abby hizo una mueca de dolor y se inclinó hacia delante, consciente de algunas indiscretas miradas de compasión.

—Abby, ¿estás segura de que eso es lo que quieres? —dijo Mary—. Está claro que aún le quieres.

—Lo sé —reconoció con tristeza mientras recorría el borde de la copa con la punta del dedo—. Y eso no va a cambiar. Maldita sea. Lo quiero. Siempre lo he querido. Y creo que divorciarme es el camino correcto, pero anoche...

—Ah —susurró Felicity—. ¿Una pequeña reconciliación de última hora?

—De eso nada —Abby se echó hacia atrás—. Fue una gran reconciliación.

—Mmm —Emma suspiro—. Creo que hoy Luke no está pensando en el divorcio.

—¿Estás segura? —insistió Mary—. Donde hubo fuego, quedan cenizas.

—No es que quiera divorciarme de él. Cuando me casé pensé que sería para siempre. Pensamos tener niños y hacer una familia, pero no deja de darme largas con lo de tener un bebé y, para colmo de males, acabo de descubrir que lleva mucho tiempo mintiéndome y...

—¿Qué tipo de mentiras?

Estuvo a punto de contárselo todo, pero Abby se resistía a confesar que Delia podía haber tenido razón al decir que Luke tenía una aventura. Quizá había una larga lista de mujeres con las que la había engañado.

—No importa —dijo en un tono serio y se tragó las lágrimas.

—Sí que importa —dijo Felicity de pronto—. Siempre me ha gustado Luke, pero si no se está portando bien contigo haces bien en divorciarte.

Abby le sonrió.

—¿Y qué tal si vais a terapia? —sugirió Lily.

—No —contestó Abby. Su marido probablemente acabaría mintiendo al terapeuta—. ¿De qué serviría? Él nunca iría y no creo que solucionara nada.

—Me da mucha pena —añadió Emma—. Los dos hacíais muy buena pareja.

Habían hecho muy buena pareja. En otra época habían sido la pareja perfecta, pero de eso hacía tanto tiempo que Abby apenas recordaba aquellos momentos de felicidad. Hubo un tiempo en que con sólo mirarse a los ojos sabían lo que el otro estaba pensando. Luke solía decirle adónde iba de viaje y Abby le creía, pero eso se había terminado.

Presa del dolor y la rabia, Abby dejó escapar un suspiro al ver lo mal que habían salido las cosas. Luke y ella podrían haber pasado juntos aquella hermosa tarde de domingo, pero en cambio estaba con sus amigas y él...

—Oh, Dios —dijo Abby en un lamento—. Hice que le entregaran los papeles del divorcio en la oficina.

—¡Oh! —exclamó Lily.

—Un momento —interrumpió Mary—. Estamos del lado de Abby. ¿De acuerdo?

—Oh, sin duda —Felicity levantó la copa—. Estamos aquí por ti, Ab. Pase lo que pase, siempre estaremos aquí.

Poco a poco el nudo que tenía en la garganta desapareció, no así la tensión que la invadía. Iba a perder a su esposo y tal vez nunca se recuperaría, pero por lo menos tenía a sus amigas. Quizá no estaba tan sola como pensaba.

Luke la estaba esperando cuando ella llegó. Tenía los papeles bien agarrados en un puño y estaba loco de rabia.

Oyó como se abría la puerta, el ruido de las llaves al caer sobre la mesa del vestíbulo... El incesante tictac del reloj de pared proseguía su camino en el silencio reinante. La luz del sol se filtraba a través de los cristales ahumados de las ventanas y se reflejaba en las mesas, que despedían un agradable aroma a limón.

Entonces escuchó el ruido de los tacones, cada vez más cerca del salón, y fijó la mirada en la puerta abierta.

Abby se quedó perpleja y tomó aire.

—¿Sorprendida de verme? —le pregunto él, satisfecho con el tono ecuaníme de su voz.

—Pensaba que estabas trabajando.

—Es domingo. Solíamos pasar los domingos juntos.

—Solíamos hacer un montón de cosas —dijo Abby, y se dispuso a salir de la habitación para evitar cualquier tipo de confrontación.

Pero él no iba a dejarla salirse con la suya.

—Una de esas cosas era hablar.

—Sí.

El asintió con la cabeza y arrojó los papeles sobre la mesa sin dejar de mirarla a los ojos.

—Entonces, ¿quieres decir que en los viejos tiempos me lo hubieras dicho a la cara antes de enviarme los papeles del divorcio?

Abby se encogió de dolor, y en lugar de salir al vestíbulo, volvió a entrar en el salón.

—En los viejos tiempos, no hubiera habido papeles de divorcio.

—No puedo creer que me estés haciendo esto, Abby.

Se había propuesto ocultarle el daño que le estaba haciendo, pero le fue imposible. Luke la miró y sintió una avalancha de amor sobre su corazón, a pesar del dolor. Él sabía que ella no era feliz, pero no pensaba que lo abandonaría. La noche anterior, Abby había remendado su corazón hecho añicos y habían estado juntos como en otra época, como si la discusión nunca hubiera tenido lugar. Habían vuelto a encontrar la pasión que los había atraído el uno al otro en aquel vuelo a París y habían formado un lazo elemental.

Así, Luke había pensado que podrían solucionar sus problemas mientras Abby planeaba un divorcio en secreto, pero él no podía olvidar que habían intentado matarla y desde luego no estaba dispuesto a transigir.

—Tengo que hacerlo, Luke —dijo ella con una mano sobre el pecho—. No tengo elección.

—Siempre hay elección.

—No. No para mí —sacudió la cabeza enérgicamente—. No puedo seguir viviendo esta vida falsa.

—¿Falsa? ¿Qué demonios quieres decir? —metió los puños en los bolsillos.

—Es lo que tenemos, Luke —gritó y se le quebró la voz—. Yo vivo aquí, y tú... ¡Por Dios! Ni siquiera sé dónde. Lo que sí sé es que no vives aquí. Conmigo.

—Esto es una locura.

—No, no lo es —insistió, y una lágrima solitaria le cayó por la mejilla—. Esta casa no es más que un lugar donde dejar tus cosas. Te pasas por aquí de vez en cuando, pero nunca estas aquí de verdad.

Luke sintió un relámpago de dolor y quiso discutir con ella, pero le resultó difícil, dado que estaba tan cerca de la verdad.

—Abby...

—Incluso cuando estamos juntos, tienes la mente en otra parte, Luke —se puso detrás de uno de los sofás y se agarró del respaldar hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. No puedo seguir siendo una esposa a media jornada, Luke. Quiero el matrimonio que debería haber tenido. Quiero el bebé del que solíamos hablar. Quiero...

—Adelante. ¿Qué quieres? —dijo Luke, con un nudo en la garganta.

Ella lo miró fijamente y él pudo sentir su dolor además del suyo propio.

—Sobre todo, quiero poder confiar en mi marido, y no puedo.

Luke empezó a decir algo, pero ella prosiguió.

—No. Querías oír esto, así que voy a decirlo. Ya no confío en ti, Luke. Me mentiste. Y si mentiste esta vez, seguro que llevas años mintiendo. No estabas en el hotel en donde dijiste que estarías, y cuando llamé al número que me diste me contestó una mujer.

—Puedo ex...

—No voy a seguir con un hombre que me respeta tan poco como para tener aventuras con Dios sabe cuántas mujeres. Simplemente no lo haré.

—¿Aventuras?

Luke sintió la aguda punzada de aquel insulto. A lo largo de los años, había intervenido en más misiones de las que podía recordar, y había tenido que fingir estar casado en un par de ocasiones para operativos encubiertos. Había tenido que recoger a mujeres en bares o besar a alguien para proteger su identidad falsa, pero jamás había pensado en engañar a la única mujer a la que había amado.

—Nunca te he engañado, Abby.

—Oh —ella echó la cabeza hacia atrás, fingiendo una mirada de felicidad—. ¿No lo has hecho? Bueno, ¿por qué no me lo dijiste? No hay problema. Todo está claro ahora. Te creo.

—Maldita sea.

—No —dijo enfurecida—. No vas a salirte con la tuya, Luke. Sé que está pasando algo. Sé que me estás mintiendo y lo único que tiene sentido aquí es que me estás engañando.

—Genial —rodeó el sofá y la agarró de los hombros—. Perfecto. Se supone que eres la única que me conoce bien y, ¿realmente crees que te he estado engañando?

Abby echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Luke vio las lágrimas en sus ojos y quiso hacer lo que fuera para hacerlas desaparecer, pero no sabía cómo. Había jurado discreción en su trabajo, y aunque su matrimonio estaba en juego, no podía romper el compromiso con su país.

—No quisiera creerlo —Abby le miraba fijamente—. ¿Pero qué opción tengo, Luke?

Luke hundió los dedos en la piel de los hombros de Abby y no la soltó hasta que ella hizo una mueca de dolor. Entonces se dio cuenta de que le estaba haciendo daño.

—Abby, cuando nos conocimos en París, te dije que tendría que viajar mucho, por mi trabajo. No te mentí en eso. Sabías lo que te esperaba.

—Y en París —arremetió Abby—, hablamos de tener una familia. ¿Te acuerdas, Luke? Queríamos tener tres niños. Incluso les pusimos nombres.

Luke si se acordaba. En la cama, bajo la luz de la luna, habían hecho planes de futuro, y aunque él sabía que su trabajo se lo pondría difícil, lo había deseado tanto como ella.

—Pero siempre que saco lo de tener un hijo, cambias de tema o me das largas. Me dices «dentro de unos meses, cariño», o «el año que viene, mi amor, cuando el trabajo disminuya».

Luke suspiró al darse cuenta de que tenía razón.

—No es que no quiera tener hijos. Por supuesto que sí quiero tener niños contigo, Abby...

Ella sacudió la cabeza.

—No es solo eso, Luke. Es todo. Sé que tienes que viajar, pero también sé que no siempre me dices adónde vas.

—Quiero decírtelo, Abby, pero... no puedo.

Abby dejó escapar una carcajada.

—Eso es genial. Me estás dando la razón, Luke.

No confías en mí, y no voy a vivir con un hombre en el que no puedo confiar.

En ese momento sonó el teléfono y Abby fue a contestar rápidamente, como si le aliviara aquella interrupción.

—¿Hola? —frunció el ceño—. No sé por qué sigue llamando aquí. Ya le he dicho muchas veces que aquí no vive ninguna Lucy.

Colgó y sacudió la cabeza.

—Por lo menos una vez al mes un hombre llama preguntando por una tal Lucy. No importa cuántas veces le digo que está equivocado. Siempre hay alguien buscando a esa mujer. Tiene que ser muy popular.

Luke no la estaba escuchando. Lucy era la contraseña que usaba la agencia para que fuera a la oficina. El teléfono volvió a sonar y Luke se apresuró a responder.

—¿Hola?

—¿Sabes? —dijo Bernie Burkower—, podrías contestar algunas veces y así no tendría que aguantar la bronca de tu mujer.

—Sí, entiendo —dijo Luke, asintiendo y sonriendo delante de Abby.

—¿Está delante, verdad?

—Eso es.

—Bueno, esto puede ser divertido. ¿Qué lleva puesto?

Por desgracia Bernie tenía ganas de bromear, pero Luke no estaba para juegos. Cuando regresara a la oficina, lo primero que iba a hacer era darle un puñetazo en toda la cara.

—Me pondré en ello enseguida —dijo finalmente.

—¿Es que no me lo vas a contar? —insistió Bernie.

—¿Quién es? —preguntó Abby.

—Es de la oficina —le dijo Luke—. ¿Tienes algo para mí?

—Bueno, si no estás por la labor, volvamos al tema —sugirió Bernie—. He terminado de analizar el champán y la copa.

—¿Y?

—Creo que he encontrado algo en el cianuro.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Abby le parecía tan hermosa que resultaba imposible creer que hubiera estado a punto de morir la noche anterior.

—¿Qué quieren? —volvió a preguntar ella.

No podía decirle lo que estaba ocurriendo, pero por primera vez, se sintió tentado a contárselo todo.

—Voy a tener que volver —le dijo.

Abby reprimió las lágrimas.

—Si vas a venir, ¿por qué razón estamos hablando todavía? —preguntó Bernie.

—No hay ninguna razón —Luke lo dejó con la palabra en la boca y colgó.

—Te vas al trabajo, en mitad de...

—¿Te acuerdas de lo que dijiste respecto a no tener elección? Bueno, esta vez, yo tampoco la tengo.

—Dijiste que siempre había elección —contestó Abby.

—Estaba equivocado.

Tenía que saber qué había averiguado Bernie y dar con el asesino antes de que lo intentara de nuevo.

Siempre pensó que podría mantener un equilibrio entre su vida privada y el trabajo, pero evidentemente se había estado engañando a sí mismo. Su matrimonio se estaba yendo abajo, y por si fuera poco, alguien estaba intentando matar a su esposa mientras él se ocupaba de salvar el mundo.

—No pasa nada, Luke. Yo también estaba equivocada —Abby extendió la mano como si fuera a acariciarle la mejilla y entonces la retiró de pronto—. Respecto a un montón de cosas.

Capítulo Seis

Luke y ella estaban casados pero eran dos extraños. Él parecía estar a su lado, pero bien podría haber estado en la luna. No importaba que su matrimonio se estuviera deshaciendo en pedazos, pues a él sólo le preocupaba lo que estaba ocurriendo en la oficina. El negocio del software informático debía de ser mucho más interesante de lo que ella se figuraba.

Cuando Luke colgó, Abby estaba deseando oír qué era tan urgente como para que estuviera dispuesto a marcharse en mitad de una conversación tan importante.

—Abby —dijo al final—. Esta mañana, mientras dormías, llevé la copa de champán a un laboratorio.

—¿Qué laboratorio?

—No importa —se apresuró a decir—. Tengo, eh, un amigo que trabaja en unas instalaciones del más alto nivel. Él hizo algunos análisis.

—Y tenía razón. El champán estaba envenenado.

Abby tragó con dificultad.

—Cianuro.

—Sí.

De pronto se quedó sin aire. Ya tenía la confirmación de lo peor. Un perfecto desconocido le había ofrecido aquella copa y si Luke no hubiera llegado, habría muerto allí mismo, durante el baile.

Se desplomó sobre una butaca y se llevó las manos a los labios. Luke se sentó enfrente y la tomó de la mano.

—Mi amigo dice que las únicas huellas que había sobre el cristal eran las tuyas y las mías. Quiero que hagas memoria. Cuando agarraste la copa, ¿te la dio el camarero?

Abby volvió a recordar aquel momento y se vio en mitad de la fiesta, rodeada de gente y llena de soledad. Oyó la música, sintió la brisa que entraba por la puerta y oyó hablar al camarero.

«Señora, ¿desea más champán?».

—Me la ofreció un par de veces —dijo en voz baja, al recordarlo todo—. Al principio no le estaba prestando mucha atención y entonces... —miró a Luke—. No, él no me la dio. Yo la tomé de la bandeja.

—¿Había más de una copa sobre la bandeja? —dijo en un tono serio y lleno de determinación.

—¿Por qué es eso importante?

—Si había más de una, si ese camarero, fuera quien fuera, te estaba dando la posibilidad de elegir, el envenenamiento era al azar. Podría haber estado destinado a cualquiera.

—No —Abby sacudió la cabeza, sin dejar de mirarle—. Sólo había una copa. Recuerdo haber pensado que todo el mundo debía de estar pasándose bien porque el champán no dejaba de circular.

Abby se rio asustada y Luke le apretó la mano.

—Alguien trató de matarme —susurró.

Luke asintió con la cabeza.

—Pero... ¿por qué? —ésa era una pregunta sin respuesta, pero inevitable.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —puso sus manos sobre el rostro de Abby—. Y lo vamos a conseguir, Abby. Te lo prometo.

Era tan agradable sentir el tacto de su piel y el calor de sus manos sobre la cara. No obstante, sabía que no podía encontrar consuelo en ello porque Luke ya no volvería a ser parte de su vida. Apoyarse en él y depender de él tan solo serviría para alargar el dolor de la separación.

Nada había cambiado. A pesar de todo lo que estaba pasando, la verdad era que ya no podía confiar en él, y a pesar de tener el corazón hecho añicos, tenía que protegerse del dolor que estaba por llegar.

De pronto se apartó de él, huyó lejos de sus caricias.

—Luke, te agradezco tu ayuda, y créeme cuando te digo que aceptaré toda la ayuda que me ofrezcan para averiguar qué está pasando.

—Creo que ahora viene un «pero».

—Pero... no he cambiado de parecer respecto al divorcio.

—Maldita sea, Abby. Si crees que voy a dejarte mientras...

—Estoy a salvo en mi casa —lo interrumpió Abby. Por lo menos esperaba que fuera así, pues no soportaba la idea de estar en peligro en su propio hogar—. No creo que debas continuar viviendo aquí.

—Ni lo sueñes.

—¿Qué quieres decir?

—He dicho que ni lo sueñes —Luke se echó hacia atrás, pero no dejó de clavarle la mirada.

Abby supo que no cedería en ese punto.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Luke, nuestro matrimonio está...

—Lo del divorcio puede esperar, Abby —se puso en pie y la miró a los ojos—. No voy a dejarte. No cuando hay alguien intentando matarte. No hasta que sepa que estás segura.

¿Pero quién la mantendría a salvo de él? Si se quedaba, si pasaban más tiempo juntos, la separación sería más dolorosa.

—Luke —dijo poniéndose en pie—. Lo que pasó anoche... no volverá pasar.

—De acuerdo —dijo con gesto serio—. No me quieres en tu cama. Esa es tu elección y la respeto. Pero también quieres que te deje para enfrentarte al peligro sola, y no lo voy a permitir.

A Abby se le aceleró el corazón al oírle hablar con tanta decisión, y deseó que sus sentimientos fueran fruto del amor en el que una vez había creído ciegamente.

—Tengo que irme a la oficina —dijo repentinamente y miró la hora—. No estaré fuera más de una hora, así que prepárate para seguir hablando cuando regrese. Vamos a encontrar la forma de llegar al fondo de todo esto, Abby. Lo quieras o no, estoy contigo en esto.

Luke se fue a ver a su supervisor directamente.

—Tom, necesito ausentarme un tiempo. Serán sólo unos días —sacudió la cabeza y tuvo que admitir lo contrario—. Tal vez más. No puedo dejar sola a Abby hasta que averigüe qué está pasando. Ayer trataron de envenenarla.

Tom suspiró y se acomodó en su silla. Se quedó mirando a Luke durante un instante antes de hablar.

—Nos pones en un aprieto. Ya hemos hablado de eso y te necesito en Praga.

—Cualquiera puede ocuparse de eso, pero sólo yo puedo proteger a Abby.

—¿Sabes?, podría encargarse a alguien la vigilancia de tu esposa mientras estas fuera.

Luke sacudió la cabeza.

—No, no voy a dejarla, pero acepto tu ofrecimiento. Me gustaría que alguno de los chicos la vigilara durante el día, para que esté segura cuando no estoy a su lado.

—Yo querría lo mismo para mi esposa si estuviera en tu lugar. Elige a quien quieras. Yo me ocuparé del resto —Tom descolgó el teléfono e hizo una llamada—. Que venga Jackman. Decidle que se va a Praga.

Luke sintió una oleada de alivio. Aun tendría cosas que hacer en la oficina, pero no tendría que irse al extranjero y además le echarían una mano en lo de la vigilancia.

Estaría al lado de Abby cada noche y ella no podría negarse.

Cuando colgó, Tom hizo una mueca.

—Menos mal que Schuman habla inglés, Jackman no podría ni pedir un café en alemán.

—Te debo una, Tom.

—Ya lo creo —dijo Tom, agitando una de sus voluminosas manos a modo de despedida—. Arregla lo de tu esposa lo antes posible para que puedas volver al trabajo.

—Lo solucionaré. Y rápido. No dejaré que nadie amenace a Abby.

La noche siguiente, mientras cenaban, les resultó difícil mantener una conversación. En los viejos tiempos, a Abby le encantaba cenar con su esposo porque tenían una oportunidad para hablar, para compartir las anécdotas del día y reírse juntos.

Sin embargo, tenían demasiados problemas como para fingir que se encontraban cómodos en esa situación. Cenaron en la cocina, sentados alrededor de una mesa redonda junto a la ventana. El amarillo de las paredes imitaba la luz del sol y resplandecía a la luz de la lámpara, pero en el exterior reinaba la oscuridad.

—Qué bueno —dijo Luke para romper el hielo—. Siempre me gustó tu lasaña.

Abby forzó una sonrisa.

—Gracias. Necesitaba hacer algo complicado para mantenerme ocupada y no pensar —«en ti», pensó para sus adentros.

—¿No fuiste a trabajar?

—No —respondió ella. Había dicho que estaba enferma, algo que nunca había hecho hasta ese momento. Pero en esas circunstancias, no se sentía con fuerzas para ir a trabajar e incluso estaba considerando la posibilidad de dejarlo. Eso también era parte del problema, pues llevaba un tiempo insatisfecha en el ámbito laboral.

Abby trabajaba como ejecutiva en una empresa cosmética y hubo un tiempo en el que le encantaba ir a trabajar. Le gustaba que la respetaran y escucharan cuando hacía sugerencias, y también disfrutaba hablando por teléfono con clientes, almorzando con el presidente de la empresa y discutiendo estrategias de futuro.

Pero ya llevaba un año desencantada con su empleo. Se sentía como si pudiera hacer algo más gratificante...

Quizá podría pintar o escribir... O ser una madre.

En lo más profundo de su ser tenía que admitir que lo que más deseaba era tener niños. Luke y ella siempre habían hablado de eso, pero en ese momento las posibilidades eran escasas.

Ese pensamiento la hizo sentir un pinchazo de dolor y tuvo que apartarlo de su mente.

—¿Has averiguado algo del champán? —le preguntó, deseosa de ahuyentar aquellas emociones.

—Nada que no te haya dicho ya.

Abby levantó las cejas.

—En serio. Te dije todo lo que sabía sobre el maldito champán y la copa. No hay nada.

—Eso no hace que me sienta mejor.

—No debería. Está pasando algo en Eastwick y nadie estará seguro hasta que averigüemos qué es.

Abby agarró la copa y bebió un poco de vino. Tenía el estomago revuelto, pero por lo menos le alivió el nudo que tenía en la garganta.

—¿Crees que tiene algo que ver con la muerte de mi madre?

—Probablemente —se quedo mirándola fijamente.

Abby sintió algo de tranquilidad al oírle hablar con rama firmeza. A pesar de querer separarse de él, tuvo que reconocer que tenerle cerca era un consuelo.

—¿Me lo contaste todo sobre la muerte de Bunny?

—Sí —con la vista fija en el vino, trató de buscar respuestas que jamás encontraría—. Sustituyeron sus pastillas por placebos —tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en el sufrimiento de su madre—. Alguien cambió esas píldoras, pero la policía no tenía ni idea. No hubo pistas ni sospechosos.

—¿Ninguna? —preguntó Luke, y sus labios dibujaron una sonrisa irónica.

Abby trató de sonreír también.

—De acuerdo. Entiendo. El problema no es que no hubiera sospechosos, sino que había demasiados. El asesino podría haber sido cualquiera de los que ella mencionaba en su columna.

—El mérito es de ella —dijo Luke con sarcasmo—. Sabía cómo sacar los trapos sucios de la gente.

—Sí, ya lo creo —su madre no gozaba de mucha estima entre la gente que aparecía en su columna, pero Abby la quería mucho, y la mayor parte de sus amigos se mostró muy amable al enterarse de su fallecimiento. Tan solo unos pocos se mostraron más aliviados que afectados al conocer la noticia—. Hay algo más. ¿Sabes?

—¿Qué? —preguntó Luke, intrigado.

—Seguro que no es nada, pero poco después de la muerte de mamá, Frank Forrester me dijo algo a lo que no le di importancia en su momento.

—¿Y ahora?

—Ahora, no lo sé.

—Cuéntamelo.

Luke la miraba con ojos tan serios que Abby se sintió incómoda.

—Seguro que no es nada —insistió ella.

Se sentía un poco estúpida por haberlo mencionado, pero cuanto más pensaba en ello, más raro le parecía.

—Dímelo de una vez.

—Vale. De acuerdo. No recuerdo donde fue. Seguro que fue en el club de campo. Si —se le iluminó el rostro y sonrió—. Las Debs quedamos para comer y yo fui a por unas bebidas a la barra. Frank estaba allí. Había ido a buscar una bebida para uno de sus amigos jugadores de golf.

—¿Frank?

—Sí. Me dijo que sentía mucho lo de mamá y después me dijo que hacía poco había tenido problemas con su medicación digitalica para el corazón —Abby frunció el ceño—. Fue un problema relacionado con la dosis o algo así. Y entonces me dijo que había dejado que Delia se ocupara de ello.

—Eso sí que da miedo.

—Desde luego —Abby sonrió al recordar cuántas veces habían hablado de lo fría que les parecía Delia.

Por un instante, volvieron a disfrutar de la confianza que habían compartido durante tantos años, y fue como si nada hubiera ocurrido.

—Veré qué puedo averiguar sobre el susto de Frank y...

—¿Cómo vas a hacerlo? —preguntó Abby—. No eres policía y la gente no va a decirte nada.

Luke tragó con dificultad y mencionó algo respecto a un amigo al que podía llamar en busca de ayuda.

—¿Quién es ese amigo?

—No lo conoces.

—Perfecto —comentó Abby y suspiró decepcionada—. Más secretos.

—Abby...

—No, no importa —lo último que quería era volver a ese tema y seguir oyendo las mentiras de Luke—. Dejémoslo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Luke respiró aliviado y cambió de tema—. ¿Qué tal va el negocio de los perfumes?

Abby le miró fijamente.

—Realmente no te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Lo que es importante para ti lo es para mí.

—Ojalá pudiera creerte —le había mentado tanto que ya no podía distinguir la verdad de una mentira.

Luke respiró profundamente y bebió un poco de vino.

—De acuerdo. Entonces mejor no hablamos de trabajo —dijo tranquilamente.

—Podemos hablar de tu trabajo. Por ejemplo, ¿cuál es el próximo viaje de negocios?

Él le clavó la mirada.

—Se suponía que me iba mañana.

—¿Se suponía?

—No voy a ir. Le dije al jefe que mandara a otro.

—No deberías haber hecho eso.

—¿Y por qué no?

—Porque no quiero que estés aquí —le soltó Abby, preguntándose si se daría cuenta de que era una mentira—. Creo que deberías mudarte. Te he pedido el divorcio, por si se te ha olvidado.

Arrojó el tenedor sobre el plato con un estruendo que la hizo saltar del susto.

—Es difícil olvidarlo. Los papeles del divorcio no te llegan a la oficina todos los días.

—Yo... —ella levantó las manos—. Yo solo quería acabar con esto.

—Lo que hay entre nosotros nunca se acabará, Abby.

—Luke, por favor, no sigas. No lo hagas más difícil —se levantó para recoger la mesa, pero él la agarró.

Le dio la vuelta hacia él y se acercó tanto que Abby tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle de frente. Sus oscuros ojos estaban llenos de furia.

—Debería ser duro, Ab —dijo entre dientes—. Terminar con nuestro matrimonio debería ser imposible. ¿Por qué debería ponértelo fácil?

—¿Por qué estás empeñado en seguir con esto?

—Porque... te quiero.

A Abby le dio un vuelco el corazón y se le cortó la respiración. Parecía decir la verdad, pero ¿qué significaba eso? Ya la había engañado antes.

Además, los lazos que los unían eran muy frágiles y el amor no era bastante. Necesitaba saber que él confiaba en ella, y también que podía confiar en él.

Poco a poco la fue soltando y suavizó la expresión de su rostro. Empezó a acariciarle los brazos con ánimo de consolarla.

—Abby, nunca te he engañado, jamás.

Abby sintió el picor de las lágrimas en los ojos y su visión se nubló. Lo que más deseaba era creerle, pero no podía.

—Por favor, Abby, créeme —dijo en un susurro.

—Quiero creerte. Pero para que pueda hacerlo, tienes que decirme la verdad. ¿Qué te pasa? ¿Adónde fuiste realmente en el último viaje? ¿Quién contestó al teléfono cuando te llamé?

—Si te lo pudiera decir, ¿no crees que lo haría?

—Creo que llevas tanto tiempo mintiéndome que lo haces automáticamente.

Pasaron unos segundos y Abby contuvo la respiración. Los ojos de Luke delataron el conflicto de emociones que luchaban en su interior, y estuvo a punto de serle franco, pero finalmente bajó la vista.

—Ojalá pudiera decirte lo que quieres saber. No sabes cuánto deseo hacerlo, pero no puedo. Lo siento.

Abby cerró los ojos durante un segundo. La calidez de sus manos le resultaba muy agradable y familiar, pero un frío polar azotó todo su ser. No se había creído capaz de soportar más dolor, pero estaba equivocada.

Cuando por fin abrió los ojos, se apartó del hombre al que creía conocer. Lo que habían tenido en otra época había acabado... y no había vuelta atrás.

—Yo también lo siento, Luke —dijo antes de marcharse de su lado—. Ya que no quieres abandonar la casa, por lo menos podrías irte a la habitación de huéspedes.

—Abby, en cualquier caso, aún seguimos casados.

—No será por mucho tiempo —dijo con firmeza, a pesar de las lágrimas—. No puedo seguir con alguien en quien no confío, Luke. Además, no seguiré casada con un hombre que no confía en mí ni me respeta lo bastante como para decirme la verdad.

Capítulo Siete

En los días siguientes, Luke y Abby llegaron a una especie de tregua, o por lo menos eso era lo que pensaba Abby. El se quedó en la casa, pero se fue a dormir a la habitación de invitados y ella pensó que eso lo haría todo más fácil, pero estaba equivocada.

Le resultaba difícil conciliar el sueño mientras escuchaba los ruidos provenientes de la habitación contigua, y se preguntaba qué estaba pensando él, y por qué estaba tan nervioso. Aquellas noches parecían durar eternamente, pero los días pasaban deprisa. Abby trataba de mantenerse ocupada y de concentrarse en el trabajo, pero era imposible. Una reunión con un cliente le había salido mal, y se le había olvidado llamar a otro. Si no lo dejaba pronto, podrían echarla. ¿Pero cómo podría concentrarse en los perfumes del próximo año, si tenía cosas más importantes que atender?

El temor por su vida.

El asesinato de su madre.

Luke.

Apenas podía pensar con claridad, porque Luke le ocupaba toda la mente. Ni siquiera bastaría con el divorcio para sacárselo de la cabeza... y del corazón.

Se levantó de la cama y caminó hasta el otro extremo de la habitación. Al llegar a la puerta que daba a la terraza, descorrió las cortinas y miró la oscuridad.

—Siempre le he querido y siempre le querré —susurró.

¿Cómo habían llegado a aquella situación? Todo había empezado bien. Eran una pareja perfecta y feliz, y estaban hechos el uno para el otro, pero Abby ya no estaba segura de nada. De pronto oyó una voz lejana pero clara. Frunció el ceño y se acercó a la pared que compartía con la habitación de Luke.

—No —dijo él, y entonces el interlocutor debió de contestar—. Sacar.

«¿Sacar?». Abby se separó un momento y volvió a poner la oreja sobre la pared conteniendo el aliento para tratar de oír más.

—Sigue... escolta y no... ella.

—Oh, por Dios —murmuró ella, más intrigada que nunca.

—Cuento... contigo para... proteger... hasta que... Abby se dio cuenta de que nunca oiría bien a través de aquella pared, así que salió al pasillo y acabó convirtiéndose en la típica esposa engañada de las películas antiguas. Lo único que le faltaba era contratar a un curtido detective para que siguiera a su marido e hiciera fotos.

Caminó de puntillas hasta la habitación de huéspedes y puso la oreja sobre la puerta de madera. Se le oía más claramente desde allí, y tal vez podría averiguar algo. A lo mejor le oiría hablar con su amante...

Abby hizo una mueca de dolor y cerró los ojos.

¿De verdad quería oír cómo hablaba con otra mujer? No. Pero aún así estaba decidida a hacerlo.

—No me importa —dijo Luke—. Te dije que es importante para mí. Tienes que entender que no me voy a ir hasta conseguir lo que busco.

Abby se quedó sin aliento. «¿Lo que está buscando?».

—Lo vas a hacer a mi manera, Katherine.

Abby tuvo que contener un grito. Ése era el nombre de su amante.

—Todo lo que tienes que hacer es ser discreta.

Maldita sea. ¿Tan difícil es?

Abby se pegó aún más, a la puerta, con los ojos llenos de lágrimas.

Luke se calló de pronto y Abby frunció el ceño.

No había oído bastante.

En ese momento la puerta se abrió y Abby tropezó con Luke. Al intentar apartarse de él, perdió el equilibrio y se dio contra una mesa. La lámpara de Tiffany fue a parar al suelo con un estruendo tremendo.

—Maldita sea, Abby, ten cuidado —le gritó mientras ella intentaba apartarse de él.

—¿Yo? —se llevó una mano al pecho—. ¿Yo debería tener cuidado? Tú sí que deberías mirar por dónde vas, chaval.

—¿Chaval?

Abby extendió una mano, con la palma hacia arriba para mantenerle a raya. No podía dejar que la tocara y no dejaría que se acercara a ella.

—No creo que a Katherine le guste que te pongas amable conmigo. ¿No crees?

—Kath... —enojado, tiró el teléfono encima de la cama—. Estabas escuchando.

—Ya lo creo, y he oído bastante —se encaminó hacia su habitación.

—Abby, tú no lo entiendes... ¡Para! —le gritó.

—No... ¡Ah! —había pisado un trozo de cristal, pero justo antes de desplomarse terminó en los brazos de Luke.

Un haz de dolor le recorrió la pierna, pero lo que sentía por dentro era aún peor. Le empujó y golpeó en el pecho, pero él ni se inmutó.

—Bájame.

—Vale. Te bajaré para que puedas andar un poco más sobre cristales rotos. Buena idea —la agarró con más fuerza y entró en el cuarto de baño.

—Hablo en serio, Luke —le dijo mientras la apoyaba contra el lavabo—. No quiero que me toques.

—Vaya —le agarró el pie herido y lo puso bajo el grifo.

—¡Eso duele! —forcejeó un poco, pero fue inútil.

Él no tenía intención de dejarla ir—. Ciérralo.

Luke la fulminó con la mirada.

—Cállate, Abby.

—¿Callarme? ¿Me estás diciendo que...? ¡Oh! —le golpeó en los hombros con fuerza, pero no consiguió nada.

Él la curó con toda la dulzura del mundo y tras extraerle el trozo de cristal, le colocó el pie debajo del grifo de agua caliente hasta que dejó de sangrar. Finalmente, cerró el grifo, y le secó el pie con una toalla.

—Esa toalla no, es... —suspiró—. No importa.

—Sujétalo así hasta que vuelva.

—¿Adónde vas?

—Voy a quitar los cristales antes de que te rebanes la otra pierna.

Abby sonrió con ironía.

—Muy gracioso.

—No hay nada gracioso en esto, Abby. Ahora presiona la toalla contra la herida.

Abby se había remangado el camión antes de sentarse y el frío del lavabo empezó a colarse por sus posaderas. La pálida luz del baño acentuaba las robustas facciones de Luke hasta hacerle parecer algo peligroso.

—No tienes derecho a darme órdenes —dijo sin soltar la toalla.

—Creo que te acabo de dar una, así que haz lo que te digo.

—¿O qué?

Conteniendo un arranque de furia, Luke puso las manos a ambos lados de Abby y la fulminó con la mirada.

—No me provoques, Ab.

—De acuerdo —dijo y se encogió de hombros—. No quiero morir desangrada, así que lo haré.

—Bien.

—Pero no porque tú me lo digas.

—Como quieras —se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio.

Con un gesto de dolor, Abby sacó el pie del lavabo y lo apoyó sobre la otra pierna.

—¿Te estás moviendo? —gritó él desde la otra habitación.

—Sí, señor, estoy bailando un tango —le soltó enfadada.

—Bueno, siéntate de una vez.

Le oyó recoger los fragmentos de cristal y tirarlos a la papelera. Lo de la lámpara había sido culpa suya; sin duda había hecho tanto ruido que él la había oído espiándole.

Retiró la toalla y echó un vistazo al corte.

—Póntela de nuevo —le dijo desde la otra habitación.

Ella miró hacia la puerta.

—¿Cómo sabías que me la había quitado?

—Te conozco.

—Yo solía decir lo mismo de ti —le espetó mientras se volvía a poner la toalla.

—Abby...

—¿Quién es ella?

Oyó el ruido del cristal al caer dentro de la papelera y después siguió el silencio.

—¿Luke?

Él se paró en la puerta. Sólo llevaba unos viejos vaqueros que le sentaban como un guante. La cintura del pantalón le caía sobre las caderas y tenía dos botones desabrochados. Abby trago con dificultad al sentirse invadida por una avalancha de deseo.

No podía tener esos sentimientos en ese momento, sino que debía recordar la conversación que había escuchado. Él le había dicho a Katherine que se iba a quedar en casa, con ella, hasta encontrar lo que estaba buscando. Abby no sabía qué significaba todo aquello, pero tampoco se hizo ilusiones.

—Katherine —repitió—. ¿Quién es? ¿La conozco?

—No —dijo con un suspiro—. No la conoces.

Algo se rompió en su interior, y quedó hecho añicos, como la lámpara. Siempre había sospechado que había otra mujer, pero en realidad deseaba estar equivocada.

—No es lo que piensas.

Abby se rio con ironía.

—Me pregunto cuántos maridos habían dicho eso a sus confiadas esposas.

El entro en la habitación y le levantó el pie.

—No. No quiero que me ayudes. No quiero...

—Me importa un pepino lo que quieras, Abby.

—Oh, ya lo veo, pero gracias por decírmelo.

Luke le examinó la herida.

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

—No puedo.

—No quieres. Hay una diferencia.

—Necesitas puntos.

—No. No quiero ir al hospital.

El la miro y al ver el miedo en sus ojos, asintió con la cabeza.

—Vale. Te curaré aquí.

Abby respiró aliviada.

—De acuerdo.

—Qué bien que tengas un botiquín en cada baño.

—Sí. Yo soy así.

Luke sacó la caja de primeros auxilios del armario del baño.

—¿Por qué estabas escuchando detrás de la puerta? —preguntó mientras le ponía unos vendajes.

—¿Por qué crees que lo hice?

—Porque no confías en mí.

—Bingo. Y parece que tengo motivos.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, Abby.

También le envolvió la herida con gasa y la fijó con esparadrapo, pero no la dejó ir cuando terminó, sino que empezó a acariciarle el pie.

—Luke, no quiero que...

—¿Y ahora quién miente? —le preguntó con voz grave.

A Abby le dolía el corazón, y apenas podía respirar, así que le miró a los ojos y vio al hombre del que se había enamorado hacia tanto tiempo. El tacto de su piel encendió una chispa en lo profundo de su ser...

No obstante, las cosas ya no eran tan sencillas. A pesar de lo mucho que lo deseaba, sabía que no era la persona que había creído conocer.

—Te oí hablar con otra mujer. ¿Realmente te es tan fácil hablar conmigo y después con ella como si nada?

—Ya te he dado mi palabra de que nunca te he engañado, Abby.

—Sí, ¿pero de qué me vale tu palabra, Luke?

Él respiró hondo y soltó el aire lentamente, sin dejar de mirarla. Y entonces empezó a acariciarle las manos con los pulgares.

—Ya sé que te estoy pidiendo mucho. Sé que tienes motivos para dudar de mí...

—¿«Qué tengo»?

—Pero —prosiguió el—, te pido que trates de creer en mí. Piensa en todos los años que hemos pasado juntos y recupera esa confianza —le acarició la cara con ambas manos—. Por favor, Abby, trata de confiar en mí aunque sea por un tiempo. ¿Lo harás?

Ella cubrió las manos de Luke con las suyas, pero su calor no aplacó el frío que sentía por dentro.

—No lo sé.

Él cerró los ojos con un gesto de intenso dolor.

Le había hecho una herida que no podía soportar.

Cuando volvió a mirarla, tenía una expresión seria y resuelta.

—Inténtalo, Abby —dijo con suavidad—. Tan sólo prométeme que lo intentarás.

A la mañana siguiente, Abby se despertó con el pie hinchado y la cabeza le daba vueltas. No había dormido bien, y al mirarse en el espejo descubrió que aquellas horas insomnes le habían pasado factura.

Tenía los ojos irritados y le dolía el estómago, pero recordaba bien la conversación de Luke con aquella mujer.

—¿Señora Talbot?

Abby se sobresaltó y al mirar en dirección a la puerta de la oficina se encontró con su asistente personal.

—¿Qué pasa, Donna?

—Tiene una llamada por la línea dos. Es de la oficina de París. Intenté despertarla —dijo Donna, impaciente—. Pero no pude.

—Lo siento —Abby sacudió la cabeza—. ¿Quién llama?

—Ya se lo he dicho. Es de la sucursal de Francia.

Tenía que llamarles a primera hora de la mañana.

Abby suspiró y se frotó los ojos.

—Creo que se me olvidó.

—El señor Wainright está un poco molesto.

Donna era una cincuentona un tanto estirada que le recordaba a las viejas bibliotecarias solteras que mandaban callar a diestro y siniestro.

—Gracias —Abby se mordió los labios para no echarla. Después de todo, era ella la que no estaba cumpliendo con su trabajo.

Donna comprobó su bloc de notas.

—Después de hablar con Michael, tiene una comida a las doce y media con los de marketing, y a las dos tiene que reunirse con el comprador de Londres.

—Bien —murmuró al descolgar el teléfono.

—Y debería saber que el señor Wainright quiere verla antes de irse —añadió Donna.

«Perfecto», pensó Abby, y sintió una punzada de dolor en la cabeza al tiempo que se le secaba la garganta.

Estaba sometida a demasiada tensión. El asesinato de su madre... el temor por su propia vida... las mentiras de Luke...

Le dolía el pie, tenía el estómago revuelto y los ojos como canicas, pero aún tenía mucho en que pensar.

Puso la mano sobre el teléfono pero no llegó a descolgarlo. Entonces vio la lucecita que parpadeaba y supo que debía contestar.

—¿Señora Talbot? —insistió Donna—. Por la línea dos.

Abby apenas la oyó porque le pitaban los oídos, y se dio cuenta de que no podía seguir así. No podía seguir fingiendo que le importaba la industria del perfume. Además, no necesitaba el dinero y no tenía por qué desempeñar un trabajo que no le motivaba en lo más mínimo.

Y si era así... ¿por qué seguía allí? No pudo encontrar ni una sola razón.

—Se acabó —sacó el bolso del cajón de la derecha y se levantó.

Al ver la cara de Donna, estuvo a punto de echarse a reír, pero en lugar de eso se puso la chaqueta.

—Dígale al señor Wainright que hoy no podré ir a su oficina.

—No creo que eso le guste.

—Aunque parezca increíble —dijo Abby de camino a la puerta—, ése ya no es mi problema. Me voy.

Capítulo Ocho

Esa misma tarde, Katherine Shaker comprobó el micrófono que tenía en el oído y se tapó las orejas con el pelo.

—Estoy lista —dijo mientras abría el bolso y se aseguraba de haber puesto dentro la nueve milímetros.

—De acuerdo —dijo Luke y se guardó la pistola por dentro del pantalón. Tras bajarse la camiseta para disimular el bulto, se sacó las llaves del bolsillo y las hizo tintinear.

—Síguela a todas partes. No la pierdas de vista.

—Llevo dos días haciéndolo, ¿recuerdas? —le lanzó una seca sonrisa—. Llevo mucho tiempo haciendo este trabajo, Talbot. No necesito que me digas cómo hacer mi trabajo.

—¿De verdad? —miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando—. Si fueras tan buena, no me habrías llamado a mi casa.

Katherine se sonrojó un poco, pero enseguida se irguió y levantó la barbilla.

—Fue un error que no se volverá a repetir.

—Eso espero —le respondió al recordar lo ocurrido la noche anterior.

Aquella mirada de Abby le había roto el corazón.

Pero... ¿podría haber hecho las cosas de otra manera? No podía decirle que había estado hablando con otro agente sobre su seguridad.

Tom le había asignado a Katherine Shaker, sabiendo que su aspecto elegante encajaría perfectamente en el selecto ambiente de Eastwick. Ella tenía una buena coartada: sería la esposa de un viejo millonario y fingiría estar buscando casa. De esa forma podría mezclarse con los lugareños, frecuentar los mejores locales y también podría seguir a Abby sin levantar sospechas.

—Mira, Abby está en una situación muy difícil. Sabe que su madre fue asesinada, y el que lo hizo probablemente era alguien al que consideraba un amigo. Además, estuvieron a punto de matarla y, por si fuera poco, ya no se puede fiar ni de su marido.

Por primera vez en su larga amistad, Luke vio un destello de compasión en los ojos de Katherine.

—Es duro. Lo sé, Luke. El matrimonio ya es bastante duro en circunstancias normales. Y Dios sabe que nada es normal en este trabajo.

—Cierto —contestó Luke mientras se preguntaba si no sería mejor decírselo todo a Abby y asumir las consecuencias.

—Decírselo no sería una buena idea —dijo Katherine, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Luke dejó escapar una carcajada.

—¿Qué eres? ¿Una adivina?

—No. Es sólo que no eres el primer agente que se plantea contárselo todo a su pareja.

De pronto se hizo un gran silencio. Todos los teclados dejaron de sonar y pareció que los agentes habían abandonado la oficina. Katherine permaneció impasible. Sin embargo, Luke sabía que una vez se había comprometido con un médico que terminó por abandonarla.

—¿Tu lo hiciste?

Katherine miró a ambos lados y después a Luke.

—Sí. Si dices una palabra de esto, lo negaré, te llamaré mentiroso y a lo mejor hasta hago que te echen —le advirtió con una sonrisa—. Pero sí. Se lo dije. Sabía que iba en contra de las normas, pero pensé que merecía saber con quién se iba a casar.

—¿Y?

—¿Y? —repitió ella—. Sabes quién es mi marido. Sabes que trabaja para esta agencia. Y también sabes que no es médico.

—No se lo tomó bien.

—Digamos que no —admitió Katherine encogiéndose de hombros—. También podríamos decir que salió corriendo a las primeras de cambio.

—Lo siento.

—Yo también lo sentí. En su momento. David no era un mal tío, pero no estaba preparado para oír que la mujer a la que amaba no era una analista de software, sino una espía —respiró hondo—. Bueno, basta de recuerdos. Tengo que ponerme en marcha si quieres que empiece a seguir a tu mujer esta misma tarde.

—Bien. Y gracias, Katherine.

—Dámelas luego —dijo y salió de la habitación con la cabeza bien alta.

Sin embargo, no podía engañar a Luke. Él había notado la tristeza en su voz y sabía que aquella decepción aún le dolía.

Desde luego había corrido un gran riesgo al hablarle de ello, y Luke le estaba agradecido por ello.

Si los supervisores llegaban a enterarse de que había hablado de la agencia con un civil, acabarían con su carrera.

Se preguntó cómo reaccionaría Abby si se enterara, pero al fin y al cabo eso era algo que nunca llegaría a saber.

—Gracias por venir —dijo Mary al abrir la puerta—. Kane quería que escucharas la cinta.

—No puedo creer que aun la tenga —contestó Abby mientras ponía el bolso encima de la mesa del recibidor. Las punzadas de dolor habían vuelto y estaba deseando irse a casa para poner el pie en alto.

—Oh, Kane es demasiado cuidadoso como para tirar algo así. La policía tiene una copia, pero él se quedó con el original. No creo que lo sepan, pero...

—Mary se encogió de hombros y se puso el pelo detrás de las orejas.

Abby miró a su alrededor mientras caminaba hacia el despacho de Kane. El hermoso colorido de los cuadros de Mary adornaba todas las estancias y la casa ofrecía un ambiente apacible que le resultó muy agradable.

Dejar el trabajo había sido como escapar de una prisión, y era la primera vez en mucho tiempo que podía respirar tranquila. No sabía qué rumbo tomar, pero ya había dado el primer paso y estaba satisfecha con su decisión.

—¿Ésa es la llamada que os hizo la mujer que te acusaba de matar a mi madre? —preguntó.

—Sí —Mary se detuvo en las escaleras y se dio la vuelta para mirar a Abby—. No sabes lo mucho que te agradezco tu confianza. Sabes que nunca le hubiera hecho daño a Bunny. A pesar de lo mucho que me hacía enfadar, nunca habría atentado contra su vida.

Abby tomó una de las manos de Mary entre las suyas.

—Cariño, lo sé —forzó una sonrisa que no sentía realmente—. Además, mi madre podía volver loco a cualquiera, incluyéndome a mí.

A Mary se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias. Muchas gracias, de verdad.

—De nada —Abby siguió subiendo detrás de Mary.

Se conocían de toda la vida. Cuando era pequeña, Mary tenía unos aires bohemios que la hacían muy alegre y divertida, y aunque se había vuelto seria con los años, era inconcebible que alguien tan dulce matara a otra persona, y mucho menos a la madre de una de sus mejores amigas.

Al llegar al rellano de la escalera, Mary se dirigió hacia la derecha y la hizo pasar a un salón habilitado a modo de lujoso despacho. Había varias estanterías de archivos, un ordenador ultramoderno y también un fax-fotocopiadora, además de un cómodo sofá y una butaca. Sobre el escritorio reposaban algunas fotos de Mary y Kane.

Kane se puso en pie y le extendió la mano. Sus ojos azules eran profundos y llevaba puesto unos elegantes pantalones negros con una camisa blanca.

—Abby, gracias por venir —le dijo con su acento inglés.

—De nada. Haré todo lo que pueda —le sonrió a Mary y volvió a mirar a Kane—. Tengo que averiguar quién mató a mi madre. Tengo que averiguarlo, pero también quiero dejar claro que esa persona no es Mary.

Kane sonrió y rodeó a Mary con el brazo. Hubo un tiempo en que Luke y ella habían estado tan unidos, y Abby lo echaba mucho de menos.

—Bueno, ¿ponemos la cinta a ver si puedes identificar a la persona?

—Sí —dijo Abby y se acercó al escritorio.

En cuanto Kane presionó el botón, una extraña voz distorsionada llenó la habitación. Sus palabras estaban claras: implicaba a Mary en la muerte de Bunny; pero su voz estaba alterada. De hecho, si Kane no le hubiese dicho que se trataba de una mujer, Abby hubiera podido pensar que era un hombre. No obstante, era una voz llena de malicia.

Mary apretó la mano de Abby y poco después la grabación terminó.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —le preguntó Kane.

—Ninguna —admitió—. Aunque quisiera poder quemar esa cinta y limpiar la casa a conciencia.

—Sí. Esa voz también me da escalofríos —dijo Mary.

—¿Quién pudo haberlo hecho? —susurró Abby.

—Alguien que quisiera desviar la atención de sí misma.

—¿Estás seguro de que es una mujer? Es difícil saberlo.

—El experto al que le llevó la cinta dice que cierta cadencia en el habla y algunos coloquialismos indican que es una voz femenina.

—Te creo —dijo Abby asustada—. Tan sólo me alegro de que la cinta no incriminara a Mary.

—En absoluto —Kane atrajo a Mary hacia sí y le dio un beso en la frente.

La envidia volvió a corroer a Abby y se sintió algo avergonzada. Mary se merecía ser feliz con Kane.

—Siento que no hayas podido reconocer la voz —dijo Kane decepcionado—. Pero gracias por intentarlo.

Abby asintió con la cabeza.

—La policía dice que aun no tienen pistas sobre el asesinato de mi madre.

—¿Crees que el asesino era tan listo?

—Lo suficiente para eludir la justicia —contestó Abby.

—No existe el crimen perfecto —añadió Kane—. Después de todo, si los criminales fueran listos, las cárceles no estarían tan llenas. ¿Verdad?

—Tienes razón —Abby sonrió y miró el reloj—. Lo siento, pero me tengo que ir.

—Oh, tomate un café con nosotros —dijo Mary—. Tengo pasteles...

—¿De chocolate?

—¿Es que los hay de otro tipo? —dijo Mary bromeando.

—Vale. Café y chocolate. Suena genial después del día que he tenido.

—¿Muy malo?

—Eso es poco decir.

—Soy toda oídos —dijo Mary y se volvió hacia Kane—. ¿Quieres quedarte con nosotras?

Kane sacudió la cabeza y se sentó ante su escritorio.

—No, gracias, cariño. Os dejaré que habléis de vuestras cosas y así adelantaré un poco el trabajo.

Mary inclinó la cabeza y Kane le dio un beso en la frente.

—De acuerdo. Vamos a comer chocolate, Abby, y me cuentas lo que te pasa.

—Hecho —dijo Abby al salir del despacho.

—Eh —exclamó Mary—, ¿por qué estás cojeando?

Una hora más tarde, Abby iba de camino a casa.

Miró su reflejo en el espejo retrovisor y enseguida se vio asediada por las preocupaciones. Alguien había intentado matarla, su marido le era infiel y, para colmo de males, estaba sin empleo.

Agarró el volante con más fuerza y se preparó para aminorar al ver que la luz cambiaba de verde a ámbar. Eran las cinco menos cuarto y en la radio sonaba una canción de rock. El cielo estaba encapotado y hacía un poco de viento. A un muchacho se le pinchó una rueda de la bicicleta y se cayó contra la acera.

—¡Oh! —murmuró Abby antes de verle incorporarse y montarse de nuevo.

Cuando volvió a mirar hacia delante, vio el reflejo de un coche azul en el espejo retrovisor. Durante un rato, no le dio la más mínima importancia, pero pronto cayó en la cuenta de que ese coche llevaba siguiéndola un par de días. Nunca se acercaba demasiado, pero iba detrás de ella. Sin girar la cabeza, volvió a mirar el espejo retrovisor y trató de ver al conductor. Al volante iba una mujer que le resultó extrañamente familiar. Tenía el pelo castaño oscuro y llevaba gafas de sol. Abby le lanzó varias miradas en un intento por reconocerla, pero no fue capaz. Entonces se le aceleró el corazón y recordó que alguien había intentado matarla. Quizá era ella quien había envenenado el champán y tal vez había optado por sacarla de la carretera para que su muerte pareciera un accidente de tráfico.

Con la boca seca, Abby apagó la radio. Metió la mano en el bolso y sacó el teléfono móvil para llamar a Luke. Estaba claro que no era producto de su imaginación. Había visto aquel vehículo con anterioridad.

Pasaron unos segundos, pero su marido no contestó al teléfono. Abby se agarró con fuerza al volante y esperó ansiosa a que el semáforo se pusiera verde para ponerse en marcha. De pronto, saltó el contestador automático de Luke y colgó antes de volver a intentarlo.

Cuando cambió la luz, Abby pisó a fondo el acelerador y el coche salió disparado. Condujo a toda velocidad, pero el coche azul no se quedó atrás. Aunque a una distancia prudencial, el vehículo siguió detrás de ella y a Abby empezó a faltarle el aire. Sintió que se ahogaba y el corazón se le desbocó.

—¿Abby? —dijo Luke desde el otro lado de la línea.

—Luke, alguien me está persiguiendo. Quiero decir que me están siguiendo en un coche azul —giró a la derecha y el coche derrapó un poco. Los árboles se sucedían a toda velocidad por la ventanilla y se dirigió a la carretera interestatal. Si continuaba por el centro de la ciudad, podría atropellar a alguien.

—¿Qué? ¿Te están siguiendo?

—Sí —gritó en un arranque de furia—. ¿Es que no me estás escuchando? Un coche azul. Conduce una mujer. La he visto unas cuantas veces últimamente, pero no me había fijado hasta hoy.

—Ah, Dios. Abby...

Abby adelantó a una furgoneta y se pasó al carril rápido. Eastwick nunca le había parecido tan grande y no veía el momento de llegar a la interestatal.

El coche azul se estaba acercando y tuvo que saltarse un semáforo en rojo.

—No va a parar —dijo aterrorizada—. ¿Qué hago? ¿Adónde voy?

—Abby, escúchame. No tienes por qué asustarte —dijo Luke.

Ella soltó una risotada histérica.

—¿Y cómo quieres que no me asuste? —le gritó, presa del pánico—. ¡Alguien está intentando matarme de nuevo!

—No, cariño. No pasa nada. La conductora del coche azul es amiga mía.

—¿Qué? —volvió a mirar el espejo retrovisor y empezó a reducir la velocidad.

El coche azul también aminoró la marcha.

—Es una amiga, Abby. Le pedí que te vigilara por tu seguridad.

—¿Seguridad?

El pánico se convirtió en furia. ¿Cómo podía aterrorizarla de esa manera? Él sabía que ella estaba al borde de una crisis nerviosa.

—He tenido que conducir como una loca y me he saltado varios semáforos. ¿Y todo para huir de tu amiga?

—Te lo puedo explicar.

—No. ¡Maldito seas, Luke Talbot! —gritó—. No puedes. Me has dado un susto de muerte. Si me pusiste vigilancia, ¡debías habérmelo dicho!

Abby levantó el pie del acelerador sin quitar ojo al espejo retrovisor. El coche seguía acercándose, a mucha velocidad.

Abby se esforzó por ver a la conductora, pero el reflejo del sol lo hacía imposible. De pronto, el pánico la invadió nuevamente.

—Luke...

—¿Qué pasa? —preguntó Luke preocupado.

—El coche... —dijo con voz entrecortada, presa del más profundo terror—. ¡Oh, Dios mío! ¡No está...aminorando!

—¿Qué quieres decir? —gritó Luke.

—¡Oh, Dios! —Abby dejó caer el teléfono y se agarró al volante al tiempo que era embestida por aquel vehículo azul. Su pequeño deportivo rechinó contra el asfalto y fue lanzado a un lado de la calzada.

Con el corazón palpitante y los ojos desorbitados, Abby se precipitó contra un poste de la luz. Lo último que oyó fue la voz de Luke al gritar su nombre...

Capítulo Nueve

Luke se quedó sin aliento. El grito de Abby aún retumbaba en su cabeza, así que salió a toda pastilla siguiendo la señal del GPS. Desde lejos, pudo distinguir una ambulancia, un par de coches de bomberos y tres coches de policía aparcados en semicírculo alrededor del lugar de un accidente.

Entonces frenó en seco y vio la espiral de humo que salía del capó, que había quedado completamente aplastado.

Era el coche de Abby.

—Oh, Dios mío. ¡No!

Salió del coche y se abrió paso entre la multitud.

No recordaba haber sentido jamás un miedo tan paralizante. Era como si su cuerpo estuviera inmerso en hielo y se le escapara la vida poco a poco. Lo único que veía era el rostro de Abby y eso le hizo seguir adelante, luchando contra el pánico que lo atenazaba, como bien le habían enseñado a hacer.

No obstante, en lo profundo de su ser sabía que si ocurría lo peor, no podría seguir viviendo.

—¡Le digo que estoy bien, así que deje de tocarme!

La voz de Abby se elevó por encima del murmullo de la gente. Sonaba tan enojada y llena de vida que Luke sintió un gran alivio y cerró los ojos. Por fin podía respirar con tranquilidad. Mientras la oía vociferar furiosa, sintió que le habían devuelto la vida y pensó que nunca había oído algo tan hermoso.

—Que alguien me traiga un teléfono —pidió con prepotencia—. O que busque el mío. Está en mi coche. Bueno, en lo que queda de él.

—Le traeremos un teléfono después —dijo una voz profunda.

—¡Ahora! —respondió Abby.

Luke le deseó suerte al muchacho que estaba discutiendo con su esposa. Cuando usaba ese tono, no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro.

En ese momento se dio cuenta de lo mucho que la amaba.

—Señora, si no me deja que le examine los ojos... Podría tener una conmoción cerebral —dijo el enfermero con tranquilidad.

—Yo te enseñaré lo que es una conmoción cerebral —gritó Abby y Luke avanzó rápidamente al tiempo que ella le daba un empujón al pobre hombre.

—¿Señora? —un policía se acercó a ella con cautela—. Si nos dice exactamente lo que pasó...

Luke se quedó mirando mientras Abby se quitaba el tensiómetro del brazo y se lo arrojaba al enfermero. Entonces, su esposa se giró hacia el policía.

—Ya se lo he dicho —dijo enfurecida—. Esto es el poste y eso el coche —chocó las palmas de las manos—. El coche se estrelló contra el poste —abrió los brazos con incredulidad—. ¿Es que es tan difícil de entender? Ahora escúcheme. Necesito... un... teléfono.

—Tranquila, señora —el policía dio un paso atrás.

—¡Abby! —exclamó Luke.

Ella se dio la vuelta inmediatamente. Tenía un pequeño corte sobre una ceja, pero aparte de eso parecía encontrarse bien. En cuanto sus miradas se encontraron, los ojos de Abby mostraron un fugaz alivio que fue sucedido por un destello de rabia.

—¡Luke! —avanzó hacia él, pero entonces se paró y miró al policía—. Ya no necesito el teléfono. Éste es mi marido.

El policía miró a Luke y se apartó.

—Abby —dijo Luke al acercarse.

Había estado tan asustado que verla furiosa le daba alegría.

—¡Maldito seas, Luke! —le susurró ella y le dio una bofetada.

La sacudida del golpe lo dejó un poco atontado, pero antes de poder decir nada, Abby se abalanzó sobre él y lo abrazó como si le fuera la vida en ello.

—Lo siento —susurró ella—. No quería pegarte. Es sólo que...

—No pasa nada, cariño —le dijo él en un tono reconfortante mientras le acariciaba la espalda.

Ella se acercó aún más y sacudió la cabeza.

—Dios mío, Luke. Estaba tan asustada...

—Yo también, mi amor —apoyó el rostro contra el cuello de Abby y aspiró su aroma. Entonces le dio un beso y la tuvo en sus brazos hasta que dejó de temblar—. Yo también.

Los de urgencias se hicieron a un lado y les dieron tanta privacidad como era posible en mitad de una multitud. Transcurridos unos minutos, Luke se apartó de ella y la miró a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien, pero no puedo parar de temblar.

—Es por la conmoción —respondió él mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Tengo que decirle que no sabemos si está bien o no, ya que no nos ha dejado examinarla —dijo el enfermero.

Abby se giró y le lanzó una mirada furiosa.

—¡Mi tensión arterial está un poco alta porque alguien intentó sacarme de la carretera!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Luke, agarrándola del brazo—. ¿Es que no fue un accidente?

—El único accidente es que todavía estoy viva —se echó el pelo hacia atrás.

Luke pudo ver un vestigio de terror en su mirada.

—Estoy hablando de tu amiga —dijo Abby con sarcasmo—. La que me estaba siguiendo.

—Eso es imposible —Luke miró a su alrededor en busca de algún rastro del coche azul que conducía Katherine, pero no encontró nada.

Aquello era muy extraño. Si Katherine hubiera visto el accidente de Abby, se habría quedado con ella hasta que llegara la ambulancia. ¿Cómo era posible que no estuviera allí?

En ese momento Abby se tambaleó y sacó a Luke de sus pensamientos.

—Vamos, tienes que sentarte —la acompañó hasta la acera y la hizo sentarse—. No estás bien, Ab...

—Podría tener una conmoción cerebral —dijo el enfermero encogiéndose de hombros—. Si no me deja echarle un vistazo no puedo saberlo con certeza.

—Ya te dije que no necesito que me examinen —dijo Abby mirando a Luke. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sólo quiero irme a casa.

Luke se dio cuenta de que estaba muy pálida y le empezó a preocupar el corte que tenía sobre la ceja. La adrenalina la mantendría en pie durante un par de horas, pero la conmoción sufrida no tardaría en apoderarse de ella, y entonces empezaría a sentir toda clase de dolores.

—Abby —se agachó a su lado y la tomó de la mano—. Quiero que vayas al hospital con ellos para que te vea un médico.

—No. De ninguna manera —frunció el ceño—. No necesito ir al hospital y tú no me puedes obligar.

Luke levantó una ceja.

—¿Quieres apostar?

La policía dispersó a los curiosos y los bomberos retiraron el coche siniestrado. Con el atardecer empezó a hacer frío, así que Luke le puso su chaqueta de cuero sobre los hombros.

—Abby, vas a ir al hospital. Ahora bien, puedes ir por voluntad propia, o de lo contrario te ataré a la camilla.

—¿De verdad harías eso?

—No me lo pensaría dos veces.

Abby se quedó mirándolo perpleja, intentando averiguar si hablaba en serio. Finalmente bajó la vista.

—De acuerdo.

—Buena elección —la ayudó a ponerse en pie y la acompañó hasta la puerta de la ambulancia—. Te seguiré.

Abby se paró en seco.

—¿No vas a venir conmigo?

Él hubiera querido ir a su lado, pero había un par de cosas que tenía que comprobar, por su propio bien y el de Abby.

—Iré justo detrás de ti.

Abby asintió con la cabeza y miró el amasijo de hierro en el que había quedado convertido su pequeño deportivo. Luke siguió su mirada y se puso tenso. El asiento del copiloto estaba tan aplastado que Abby seguramente había sentido el frío roce del acero durante el impacto. Había sido una suerte que nadie fuera con ella en el vehículo.

—Gracias a Dios que existen los airbags —susurró ella, como si le leyera el pensamiento.

—Ya lo creo.

Luke le dio un beso en la frente y avisó a uno de los enfermeros.

—Sé buena y no te pases con ellos. Te veo en el hospital.

La ambulancia salió pitando y Luke volvió la mirada hacia lo que quedaba de la multitud en busca de una cara conocida. Cuando por fin la encontró, Luke se acercó al policía más cercano y sacó su placa de identificación.

—¿Hay algún testigo?

El agente le miró sorprendido al ver la placa del gobierno.

—No, señor. Todo indica que hubo otro coche implicado, como decía su esposa. Hay algo de pintura azul en la parte posterior del vehículo, pero eso es todo.

—De acuerdo.

Luke dejó que el policía terminara su informe y se dirigió hacia el coche de Abby.

Comprobó el parachoques y encontró la mancha de pintura azul en el metal chamuscado. Para no alterar las pruebas, examinó la mancha con sumo cuidado. Si Katherine había sacado a Abby de la carretera, significaba que estaba en el otro bando, pero eso era algo que Luke se negaba a creer. Shaker era una de las mejores agentes y además era su amiga. Él le había confiado su vida en más de una ocasión.

Estaba claro que otro había provocado el accidente, pero si conducía el coche de Katherine, ¿dónde estaba ella? Alguien de Eastwick había sido

lo bastante bueno como para deshacerse de un agente con mucha experiencia.

Se puso de pie y sacó el móvil para llamar a Tom Kennedy.

—¿Has visto a Katherine? —le preguntó.

—No. No he sabido nada de ella desde hace tres horas. Se ha saltado el último informe.

—Algo va mal.

—¿Tú crees? —la voz de Tom sonó seria y tensa—. ¿Cómo está tu mujer?

—Está bien, dadas las circunstancias. Va camino del hospital.

—Ve con ella. Nosotros buscaremos a Katherine.

—Espero tus noticias —dijo Luke.

Cuando colgó el teléfono se olvidó de todo lo demás y se dirigió al hospital.

A Abby le dolía todo el cuerpo, así que se recostó sobre las almohadas y respiró con alivio: por fin estaba en casa, en su propia cama, y Luke estaba a su lado.

El se había portado muy bien, quedándose a su lado en urgencias y tomándola de la mano mientras la examinaban. Después la había llevado en brazos hasta la cama y le había quitado la ropa con mucha ternura.

Abby cerró los ojos y volvió a sentir el tacto de sus manos sobre la piel.

—¿Te vas a dormir? —dijo él al entrar en el dormitorio. Llevaba una bandeja en la mano.

Abby abrió los ojos y lo vio ir hasta la cama.

—No. Estoy demasiado nerviosa como para dormir y me duele demasiado como para quedarme despierta.

—Menos mal que solo te duele —dijo él mientras ponía la bandeja sobre la mesilla.

Le había llevado una taza de té y sopa.

—Tuviste mucha suerte.

—Lo sé —dijo y le acarició la mano.

Abby tiró un poco de él y le hizo agacharse a su lado. Entonces le miró a los ojos.

—¿Encontraron a tu amiga?

Aquellos ojos que tan bien conocía se oscurecieron y le cerraron la puerta, confirmando así sus peores miedos: Luke aún le mentía y trataba

de mantener las distancias, a pesar de demostrar lo contrario con sus actos.

—No. Pero no fue Katherine quien trató de matarte.

—¿Katherine? —repitió ella—. ¿La mujer con la que estabas hablando la otra noche?

—Sí —Luke observó su reacción.

Abby supo que él sabía lo que ella estaba pensando.

—No estoy liado con Katherine. Es solo una amiga, del trabajo.

Abby le soltó la mano y se dio la vuelta.

—¿Del trabajo? —dijo con una risita irónica—. ¿Le encargaste mi protección a una analista de software? Por favor, Luke. Por lo menos míenteme bien.

Sonó el teléfono y Luke respondió. Abby no quería mirarle, pero no pudo resistirse. Los rasgos de su marido se tensaron y se le apagó la mirada.

—Entiendo. ¿Cuándo?

La habitación se llenó de tensión y Abby se incorporó. Dejó de sentir dolores por todo el cuerpo y puso todos los sentidos en Luke.

Notó la rigidez de su espalda, la fuerza con la que asía el teléfono, y la sombría mueca con que asentía mientras hablaba con su interlocutor.

—Mañana, entonces. De acuerdo —colgó con sumo cuidado y Abby supo que lo que realmente quería era lanzar el teléfono al suelo.

—¿Qué pasa?—preguntó ella, esperando la verdad en lugar de otra mentira. Deseaba poder ver un poco de honestidad en sus ojos.

Luke le lanzó una mirada fugaz.

—Era de la oficina.

—¿La oficina? —repitió Abby con incredulidad—. ¿Cómo es que te pones así por un problema con el software?

Él sonrió un momento y se pasó las manos por la cara y el cabello. Por fin, la miró con un aire pensativo.

—¿Y bien? —preguntó Abby, con los nervios a flor de piel—. ¿Qué pasa, Luke? Por favor, dímelo. Puedo asumir cualquier cosa excepto más mentiras.

—Creo que tienes razón —Luke asintió para sí y tomó una decisión. La tomó de la mano y empezó a hablar lentamente—. Tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo, pero no me lo permitían. Va contra las normas.

—¿Qué normas? —Abby no entendía nada, pero pensar que alguien le había hecho mentirle la puso furiosa—. ¿Quieres decir que me has estado mintiendo porque te obligaron a hacerlo?

—Sí —reconoció él—. Es más o menos así. En mi trabajo, nunca se dice la verdad. Las mentiras te mantienen vivo.

El miedo se apoderó de Abby y se aferró a su mano.

—¿Vivo? Luke, no sé...

—Voy a decirte algo que se supone no he de decir a nadie.

Hecha un manojo de nervios, Abby sintió que le daba un vuelco el estómago. Era una suerte llevar varias horas sin comer.

La expresión de Luke era tan seria e impávida, que estaba empezando a temer lo que pudiera decirle, pero estaba cansada de las mentiras y quería respuestas, fueran las que fueran.

—Primero, no fue Katherine quien provocó el accidente.

—¿Cómo lo sabes? —observó el rostro de su esposo con detenimiento y distinguió un fugaz destello de furia en su mirada.

—Acaban de encontrarla inconsciente en un callejón.

Abby respiró hondo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —Luke le apretó la mano con fuerza—. Quien le dio el golpe en la cabeza usó su coche para seguirte. No han encontrado el vehículo todavía, pero cuando aparezca nos dará alguna pista.

Abby sacudió la cabeza y le miró fijamente.

—Esto no tiene sentido, Luke.

—Lo tendrá cuando tengas la última pieza del rompecabezas.

—¿Y cuál es?

Luke respiró profundamente.

—Katherine no es analista.... Y yo tampoco.

Desde luego eso no era lo que esperaba Abby.

¿Por qué mentiría un hombre respecto a su trabajo?

La joven tragó con dificultad y se preparó para oír la verdad.

—¿Qué es lo que quieres decir?

Luke fijó la mirada en ella.

—Soy un espía.

Capítulo Diez

Luke se quedó mirándola en espera de una reacción, pero cuando por fin llegó no resultó ser lo que él había esperado.

Abby se echó a reír a carcajadas y tuvo que volver a apoyarse sobre las almohadas para no caerse. Apenas podía contener la risa y tuvo que cerrar los ojos para recobrar el aliento.

—Oh, esto es increíble —dijo llorando de la risa.

Levanto una mano y sacudió la cabeza—. Oh, Dios mío. ¿Un espía?

Luke se puso en pie y la fulminó con la mirada.

—¿Qué demonios es tan divertido?

—Por favor —se le escaparon unas cuantas risitas antes de volver a controlarse. Entonces se secó las lágrimas y le miró fijamente—. Esta es la mejor mentira que me has dicho jamás. De verdad, Luke, si vas a seguir mintiéndome, por lo menos haz que sean mentiras... creíbles.

—No estoy mintiendo.

—Ya —dijo Abby sonriendo—. Y tan pronto como el príncipe Carlos se divorcie, voy a mudarme al castillo de Windsor.

—Muy gracioso.

—No es más gracioso que tu historia.

Aquello sí que era irónico. Por fin se había decidido a decirle la verdad, rompiendo su juramento, y ella seguía pensando que era otra de sus mentiras.

—¿Debo entender que tampoco me crees ahora que te estoy diciendo la verdad?

—¿La verdad? —su sonrisa se desvaneció y se incorporó para mirarle como nunca antes lo había hecho—. ¿Me estás diciendo que mi marido, el analista de software, es realmente James Bond?

Luke se metió las manos en los bolsillos y cerró los puños.

—Para que lo sepas. Odiamos esa clase de películas.

—¡Oh! ¿De verdad? No me imagino por qué. Con todas esas mujeres guapas...

Abby se deshizo de la manta y se puso en pie. Tenía las mejillas encendidas y sus ojos relampaguearon.

Luke supo que aquello no iba a ser fácil. Su esposa tenía el cabello revuelto y su pecho se estremecía con cada respiración.

—James Bond es sólo ficción. Lo que yo hago es real. Abby, juré no decir a nadie cómo me gano la vida.

Y hasta esta noche, no había roto ese juramento.

—Un juramento.

—Eso es.

—Y eres un espía.

—Yo prefiero «agente secreto».

—Oh, claro —dijo ella, y le saltaron chispas de los ojos—. No quiero usar un término inapropiado.

Luke la agarró del brazo con firmeza, pero ella se soltó y retrocedió.

—¡No! No te atrevas a tocarme ahora.

Con paso vacilante, comenzó a andar por la habitación, pero su temperamento no tardó en salir.

Tenía los pies descalzos, pero el ruido de su respiración entrecortada llenaba toda la habitación.

—¿Por qué me cuentas algo así? —le preguntó sin parar ni un segundo, para no dejarse agarrar.

—Porque estoy cansado de mentirte —Luke permaneció inmóvil y la siguió con la mirada.

Abby le clavó la suya.

—No voy a perderte sólo porque pienses que tengo una aventura.

—Entonces no tienes una aventura y sólo eres un espía.

—Sí.

Por fin se detuvo y cruzó los brazos.

—¿Quién es Katherine?

Luke pensó que sería mejor decirle toda la verdad.

—Es otra agente. La conozco desde hace años.

Abby levantó una ceja y Luke suspiró.

—Está casada con otro agente, de un nivel superior, y tienen tres niños.

—Entonces Katherine la espía también es una madre.

—Sí.

—¿Y no tienes una aventura con ella?

—No.

—¿Con quién tienes una aventura?

Luke le sonrió.

—Con nadie. Mi esposa es una mujer increíble, pero... es un poco celosa.

—No lo soy —dijo sin estar convencida.

—No tienes motivos —le aseguró él.

Se acercó a ella lentamente.

—Me gustaría creerte —dijo ella suavemente y Luke sintió una chispa de esperanza en su interior.

—No estoy mintiendo, Abby —agarró su chaqueta de cuero y sacó una cartera del bolsillo.

Ella la abrió y miró lo que contenía durante unos segundos.

—¿Es verdad? ¿Trabajas para el gobierno?

—Es verdad.

—¿No eres un analista de software?

—No sé cómo se hace eso.

Abby sacudió la cabeza. Volvió a mirar la identificación y rozó la fotografía con las yemas de los dedos.

—Esto es surrealista.

—Sé que suena extraño, pero es la verdad —dio un paso hacia ella—. Cuando nos conocimos...

Abby le miró intrigada.

—Iba a París a interrogar a un sospechoso de terrorismo.

—Oh, Dios...

—¿Recuerdas las llamadas preguntando por Lucy? Son de la oficina. Es una señal para que vaya a la agencia.

—¿Era una contraseña?

—Supongo que sí.

Para Luke era difícil saber cómo se lo estaba tomando y temía haber empeorado las cosas.

A Tom Kennedy no le gustaría oír lo que había hecho, pero Luke no estaba dispuesto a perder a la persona más importante de su vida por culpa de un juramento que había hecho antes de conocerla. No podía darse por vencido y dejarla ir así como así.

—Chico... —susurró Abby.

Aun tenía la cartera en las manos y se sentó en un extremo de la cama.

—En tu último viaje de negocios, ¿por qué no estabas en el hotel cuando llamé? ¿Estabas en Sacramento, para empezar?

—Sí —se sentó a su lado—. Estaba allí, pero no estaba en el hotel. Me quedé en un piso franco mientras investigaba la venta de unos documentos de alto secreto a una potencia extranjera.

—¿Piso franco?

—Eso fue un despiste. El hotel tenía que haberte comunicado con una habitación, y me habrían tenido que transferir la llamada desde allí.

—Alto secreto.

—¿Abby?

Ella respiró hondo y volvió a mirar la identificación.

—Documentos de alto secreto, potencias extranjeras, espías, terroristas.

—¿Estás bien?

—No lo sé —levantó la mirada hacia el hombre al que creía conocer. Todo lo que había conocido durante tantos años se estaba yendo abajo como una figura de dominó—. Luke, no sé qué pensar.

—Sé que es demasiado para asimilarlo de golpe.

—Sí lo es —le entrego la identificación y le miró a los ojos.

—Nunca he querido ocultártelo, Abby —le acarició la mejilla—. Pero no quería ponerte en peligro diciéndote lo que hago.

—Lo entiendo —le dijo.

Todavía le dolía saber que la había mantenido ajena a ciertos aspectos de su vida, pero entendía por qué lo había hecho.

En la quietud de la noche, la habitación estaba iluminada por la luz de una lámpara. Con cada latido de su corazón, Abby dejó pasar el tiempo hasta sentir la necesidad de decir algo.

—Se suponía que te protegería manteniéndote al margen —dijo Luke—. Sin embargo, ahora me pregunto si estas en peligro por estar casada conmigo.

Ella enseguida entendió lo que quería decir.

—¿Te refieres a lo del cianuro? ¿Crees que alguien que sabe quién eres trató de matarme?

Luke frunció el ceño.

—Es una posibilidad que hay que tener en cuenta —le puso la mano en la nuca—. Pero no creo que sea probable.

—No. No lo es. Nadie de Eastwick sabe quién eres y un espía enemigo no se expondría a quedar al descubierto envenenando a un civil en una fiesta —se detuvo y soltó el aire—. Vaya. No puedo creer que haya dicho una oración usando la frase «espía enemigo».

Luke sonrió y le pellizcó la nuca.

—Lleva algún tiempo acostumbrarse, ¿eh?

Abby se volvió y le miró a los ojos. Sus rasgos le eran tan familiares.... Aquellos ojos color chocolate parecían igual que siempre y seguía teniendo la sonrisa ligeramente torcida. Era el mismo hombre al que conocía desde hacía años. Y sin embargo... al conocer su secreto, empezaba a notar cosas nuevas.

Había una agudeza en su mirada que nunca antes había percibido y eso le ayudaba a trabajar encubierto, y a enfrentarse a situaciones de peligro, para servir a su país.

En ese instante, un remolino de pasión le recorrió todo el cuerpo. Le dolían todos los huesos, pero esa ola de ardiente deseo la alivió profundamente, así que se inclinó hacia él y se acurrucó sobre su pecho.

—Eh —él la rodeó con sus brazos y la miró sorprendido—. Deberías estar descansando.

—No tengo ganas —susurró y le dio un beso, mordisqueándole el labio inferior fugazmente.

—Abby... —murmuró él.

Con el roce de su piel, Luke cayó presa del deseo.

—Mmm... —seductora y juguetona, Abby empezó a rozarse contra él, deslizando su sexo desnudo sobre la bragueta de Luke.

Luke empezó a acariciarle la espalda. Metió las manos por dentro del camisón de Abby y recorrió toda su piel con las yemas de los dedos.

—No creo que sea una buena idea. Debe de dolerte todo el cuerpo y...

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza—. En absoluto. Ahora no.

Volvió a besarle apasionadamente y sus labios se hicieron uno. Los latidos del corazón de Luke retumbaban contra su pecho hasta sacudirle las costillas, pero no le importaba. Aun tenía algunos dolores, pero aquel deseo había superado cualquier otra sensación. Lo deseaba tanto que apenas podía respirar. Ése era el hombre al que había amado durante mucho tiempo.

Cuando por fin se echó hacia atrás, Luke la miró a los ojos.

—Desde el momento en que te vi en el avión —sacudió la cabeza y sonrió—, supe que eras tú. Supe que lo serías todo para mí.

Abby se quedó sin palabras y le desabrochó los botones de los vaqueros rápidamente mientras Luke la sujetaba por la cintura. Tras quitarle los pantalones, le acarició la entrepierna y él se estremeció de placer.

—Cuando choqué contra ese coche y me precipité hacia el poste sabiendo que iba a morir, lo único que se me pasó por la cabeza fue que nunca volvería a sentir tu piel, y que nunca te volvería a besar —susurró Abby cuando él la volvió a mirar.

Luke apoyó la frente contra la de ella y dijo su nombre con un suspiro.

Abby acarició su sexo con vigor y le miró fijamente.

—Luke, pensé que iba a morir y no podía soportar la idea de perderte. Te necesito. Necesito sentirte dentro de mí.

—Yo también, nena —dijo él y contuvo la respiración.

Poco a poco, Abby le hizo sumergirse en su fuente de placer, y ambos alcanzaron la gloria.

Galoparon acompasados sin dejar de mirarse y sus cuerpos disfrutaron al unísono hasta llegar al más puro éxtasis. El tiempo se detuvo y todo lo que quedó fue aquella habitación, en donde llovieron fuegos artificiales.

Finalmente, ella se echó hacia atrás y gritó su nombre al tiempo que Luke lanzaba un gemido de placer. Entonces él la abrazó con firmeza y cayeron exhaustos sobre la cama.

Un par de horas más tarde, Abby se había acurrucado al lado de Luke y escuchaba atenta los latidos de su corazón. Él aún dormía y le había puesto el brazo sobre los hombros, pero ella no había sido capaz de pegar ojo. Todavía seguía viendo el poste de la luz, avanzando hacia ella, y no paraba de imaginarse a Luke en callejones oscuros, mientras le apuntaban con una pistola. Todas las películas de espías que había visto hasta entonces le volvieron a la mente y se atormentó pensando en las cosas que Luke tendría que hacer al salir de casa rumbo al trabajo.

Lo conocía desde hacía muchos años, pero nunca había sospechado que guardara semejante secreto. Debía de ser muy bueno en su trabajo, pues sabía muy bien como separar las distintas facetas de su vida y compaginar una vida de intriga con otra hogareña y aparentemente normal.

Abby deslizó la mano por el pecho de Luke y disfrutó de su calor. Se dio cuenta de lo mucho que le debió de costar mentir. Seguramente le había resultado muy duro llegar a casa y seguir con la farsa sin poder relajarse ni un minuto, siempre en guardia.

Abby cerró los ojos y recordó la odisea que le había hecho pasar durante los últimos meses. Como estaba dolida, había arremetido contra él exigiéndole la verdad, pues deseaba saber por qué se habían distanciado tanto. Luke tenía el corazón dividido al querer contarle la verdad y no poder.

¿Cómo había podido hacer su trabajo? ¿Cómo había sido capaz de mantenerse con vida con tantas preocupaciones? Ella le había puesto en peligro sin querer.

—¿Abby?

Ella se giró hacia él y le miró a los ojos.

—Creía que estabas dormido.

Luke sonrió.

—Podía oír tus pensamientos.

Abby se incorporó y le acarició el pelo.

—Estaba pensando en un montón de cosas.

—Por la mirada que tienes, creo que no eran pensamientos agradables.

—No —dijo ella con tristeza—. Luke, yo te quiero.

—Yo también, cariño.

Las manos de Luke se deslizaron por su espalda y Abby suspiró. Quería ser capaz de recordar el tacto de sus dedos sobre la piel.

—Lo sé. Por eso va a ser muy difícil.

—¿Qué? —Luke dejó de acariciarla y la miró extrañado.

—Luke, te agradezco que me lo hayas dicho todo. Significa mucho para mí que confíes en mí lo bastante como para decirme la verdad.

—Abby...

Ella tomó aire e intentó reunir el coraje necesario para decir lo que tenía que decir.

—Todavía quiero divorciarme.

Él se incorporó y la agarró con fuerza.

—¿De qué demonios estás hablando?

Sus rasgos se endurecieron a la luz de la lámpara y sus ojos relampaguearon.

—Es la única forma, Luke. Es la única forma de que estés seguro. Si no tienes que preocuparte de mí, podrás hacer mejor tu trabajo —le agarró la barbilla y le dio un beso—. No quiero que tengas que elegir entre tu trabajo y tu esposa.

Luke la apretó con fuerza.

—Abby, yo no quiero el maldito divorcio.

—Yo tampoco, Luke —dijo suavemente—. Pero es algo que quiero hacer por ti.

Capítulo Once

Luke sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. Se perdió en el mar azul de los ojos de Abby, sin creer lo que acababa de oír.

Pensaba que habían roto la barrera de la desconfianza y superado el dolor de los últimos meses, pero no esperaba que después de decirle todo, Abby quisiera divorciarse para protegerle.

—No voy a dejarte marchar, Ab —dijo él enfurecido.

Abby se soltó de sus brazos y se levantó de la cama. Agarró el camisón y se lo puso rápidamente.

—Vamos a divorciarnos, Luke. Queramos o no —le dijo señalándole con el dedo.

El sacudió la cabeza con decisión.

—¿Es que no te das cuenta de lo estúpido que suena eso?

—¿Estúpido? Lo que es estúpido es que vayas a trabajar con la mente en otra parte y que te preocupes por mí en lugar de velar por tu vida. Eso sí que sería estúpido.

—¿Es que ahora me vas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo?

—Alguien tiene que hacerlo —le espetó.

Luke saltó de la cama y se puso los vaqueros, pero no se molestó en abrochárselos, sino que fue directamente hacia Abby.

—Lo creas o no, soy bueno en lo que hago. No necesito que mi esposa me proteja.

Ella le dio un empujón.

—¿Acaso crees que podría estar tranquila y seguir con mi vida, haciendo toda clase de cosas estúpidas y cotidianas, como almorzar con las Debs y buscar un trabajo, si sé que estas por ahí, en callejones oscuros y con tipos armados?

—Tienes que dejar de ver esas películas.

—¿Entonces nunca has estado en peligro?

Luke se llevó las manos a la cabeza.

—Por supuesto, a veces corres peligro, pero uno corre peligro en todas partes. ¡Maldita sea, Abby, estuvieron a punto de envenenarte en un baile benéfico!

—Eso es diferente.

—No, no lo es —la agarró del brazo y la atrajo hacia sí—. ¿De verdad crees que elegiría mi trabajo antes que a ti? Estás equivocada. Lo dejaría todo enseguida con tal de que siguieras a mi lado.

—No te haré elegir entre tu esposa y tus obligaciones, Luke.

—Puedo hacer otras cosas. No tengo por qué ser agente.

—Pero eso es lo que más te gusta.

—Tú eres lo que más me gusta.

Ella apoyó la cara sobre el pecho de Luke y suspiró.

—Esto es muy duro.

Él la rodeó con sus brazos.

—Cariño, todo saldrá bien. Vamos a solucionar esto. Averiguaremos quién trató de envenenarte y buscaremos al asesino de Bunny. Así sabremos qué hacer.

—Ya sabemos qué hacer, Luke.

—Sí —le levantó la barbilla y la hizo mirarle a los ojos—. Tenemos que seguir juntos, Abby. Para siempre.

En la oficina, Luke se estaba comportando como un loco. Llevaba dos semanas con un humor de perros y había tratado mal a compañeros y técnicos de laboratorio porque no podía quitarse a Abby de la cabeza.

Tuvo que reconocer que ella había tenido algo de razón, pues no hacía más que oír su voz y ver su rostro cubierto de lágrimas. Todas las noches, mientras hacían el amor, se prometía a sí mismo que nunca la perdería, pero cuando llegaba el día, tenía que hacer frente a la decisión que ella había tomado. Abby era mucho más testaruda de lo que parecía y estaba dispuesta a dejarle... porque lo amaba. ¿Acaso tenía sentido aquello?

Fuera de la diminuta oficina de Luke, todo era actividad y bullicio, pero él había optado por poner distancia y encerrarse en su despacho, no sólo para trabajar, sino para aislarse de los compañeros, por el bien de ellos.

Muchos se hacían a un lado al verle pasar y enmudecían cuando se acercaba. Otros bajaban la vista cuando él levantaba la suya para mirarlos desde su escritorio.

—Tom quiere verte en cinco minutos.

Luke masculló un juramento y miró con furia a...Katherine. Su gesto enfurruñado se convirtió en una sonrisa de alivio y se puso contento de ver que había vuelto al trabajo.

—Eh, estás mejor que la última vez que te vi —bromeó Luke.

—Sí, bueno, la última vez no tenía mi mejor look.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —pasó por delante del escritorio de Luke—. Dios sabe que hemos pasado por cosas peores. Todavía me acuerdo de lo de Bélgica.

—Cierto.

Aquella operación había salido mal desde el principio. Katherine y él apenas habían tenido tiempo para escapar tras llevar a cabo la misión.

—Deberías conseguirte un despacho mejor —bromeó Katherine—. Con tu antigüedad, no deberías seguir en este agujero.

Él se encogió de hombros y miró a su alrededor.

—Me gusta estar aquí. Y como suelo hacer trabajo de campo, ¿qué sentido tiene tener una enorme oficina que no usas para nada?

—Supongo que tienes razón, pero esto está hecho un desastre — Katherine quitó un montón de documentos de una silla y se sentó—. ¿Quieres explicarme por qué Bernie no para de quejarse?

Luke se echó hacia atrás en la silla y se llevó las manos a la cara. Le había hecho repetir los exámenes una y otra vez con la esperanza de encontrar algo en el champán, algo que hubieran pasado por alto, y el técnico de laboratorio estaba empezando a ser un incordio.

Sin embargo, Luke no podía echarle la culpa. Bernie era el mejor técnico del laboratorio, y si hubiera habido algo, él lo hubiera encontrado, pero Luke estaba tan desesperado que buscaba lo imposible.

Hasta ese momento no habían hallado nada, pero Luke no cejaba en su empeño y tenía a todos los agentes de servicio buscando pruebas para resolver el asesinato de su suegra.

—Necesito una prueba decisiva, y Bernie es el único que puede encontrarla.

—No necesariamente —dijo Katherine antes de arrojar la carpeta que llevaba en la mano sobre su escritorio.

—¿Qué es esto?

—Échale un vistazo —se recostó sobre el respaldo de la silla—. ¿Te acuerdas de haberme encargado investigar a Delia Forrester? ¿Lo del accidente de su esposo con los medicamentos digitálicos?

—Sí, lo recuerdo —abrió la carpeta y leyó el informe.

En un momento se le aceleró el pulso y la sangre acudió a su rostro encendido por la ira.

—Resulta que Delia tiene un largo historial en lo que se refiere a maridos. Pensé que te sería útil.

Luke leyó el documento con detenimiento y al terminar le brillaban los ojos.

—Esto es genial, Kat.

—Pensé que te interesaría.

—Pero no hay pruebas, ¿no?

—Todavía no, pero eso da mucho que pensar.

—Desde luego —dijo Luke—. Creo que hay una forma de obtener lo que necesitamos.

—Sólo dime qué quieres que haga.

Luke sonrió con picardía.

—Estaba esperando a que dijeras eso.

—Tenemos algo.

Abby levantó la vista del jardín de flores que estaba escarbando. Tras dejar el trabajo y descubrir la verdad, no era capaz de estarse quieta y descansar, y quitar las malas hierbas del jardín era muy gratificante, pues veía el resultado de su trabajo al momento. Quizá el jardinero no agradeciera su ayuda, pero estar al aire libre le daba tiempo para pensar. Y ella tenía mucho que pensar.

Le vio ir hacia ella y se le aceleraron los latidos del corazón. Aún era el hombre del que se había enamorado, pero había algo distinto en él. Tras desvelarle su verdadera identidad, Luke había decidido dejarla ver su auténtica personalidad. Todos sus movimientos irradiaban determinación y fuerza, y ella no pudo evitar preguntarse cómo se había convencido de que un hombre así se conformaría con sentarse detrás de un escritorio.

—¿Abby? —chasqueó los dedos delante de ella.

—¿Qué? —tras ser arrancada de su ensoñación, Abby le sonrió—. Lo siento. Tenía la mente en otro lado.

Él se agachó a su lado y le dio un beso en la boca. Abby se lamió los labios y respiró profundamente. Pronto le perdería para siempre y se quedaría sola, condenada a fantasear sobre su paradero y a preguntarse si corría peligro.

—Ya lo has hecho de nuevo —dijo él con tranquilidad mientras le alisaba el pelo y se lo ponía detrás de la oreja.

El pálido sol de otoño calentaba lo suficiente como para impedir los escalofríos de octubre, y una suave brisa agito el follaje de los árboles del patio.

Abby sonrió y se quitó los guantes de jardinero.

—Vale. Soy toda oídos —le dijo con las manos en la cintura—. Cuéntame.

Él le entregó una carpeta.

—Ya sabes que he tenido a todo el mundo trabajando en el asesinato de tu madre y en el incidente de la gala benéfica.

—Sí.

—Hemos investigado el pasado de todos los residentes de Eastwick. Ha habido un montón de papeleo.

—Supongo que todo ha ido muy bien —dijo ella mientras hojeaba el documento con las puntas de los dedos.

—Todos se han mostrado dispuestos a ayudarme con esto, Abby. Cuando uno de nosotros, o de nuestras familias, sufre un ataque, todo el mundo se lo toma muy en serio.

—¿Qué habéis encontrado? —susurró Abby, temerosa de abrir la carpeta.

—Bueno, las comprobaciones rutinarias no nos aportaron mucho, pero indagamos a fondo y encontramos algo interesante —se sentó sobre la hierba al lado de ella y esbozó otra sonrisa pícar—. De hecho, hemos encontrado un montón de cosas interesantes.

A Abby empezó a picarle la curiosidad, pero trató de contenerse.

—No creo que quiera saber los secretos de todo el mundo. A mamá le encantaba conocer hasta el último trapo sucio y saboreaba cada pedacito de información —se detuvo y dejó escapar un suspiro—. Seguro que la mataron por ese motivo. Pero últimamente he descubierto que algunos tienen razones para guardar secretos.

Luke la tomó de la mano.

—Algunos secretos son más fáciles de mantener cuando se comparten —dijo.

Abby asintió y le hizo proseguir.

—Tienes razón. Vamos, cuéntame lo que habéis averiguado.

—La mayoría guarda algún secreto del pasado del que no están orgullosos y tratan de ocultarlo, pero uno de ellos llamo nuestra atención.

—Dios mío —susurró ella asustada. Fuera lo que fuera, esperaba que no implicara a sus amistades—. ¿De quién se trata?

—Delia Forrester.

Ese nombre la tomó por sorpresa. A Abby nunca le había gustado aquella mujer, pero parecía ser lo que aparentaba: una esposa trofeo para un anciano millonario. Delia y Frank llevaban un año casados y, aunque ella parecía querer a su marido, no se mezclaba demasiado con la gente de Eastwick. Nunca se ofrecía voluntaria para preparar las galas benéficas y centraba toda la atención en su marido. Además, podía resultar un poco pesada y lanzaba alguna que otra indirecta de vez en cuando sazónada con toda clase de comentarios desagradables, pero ¿hasta qué punto podía ser interesante su pasado como para desencadenar una investigación sobre su vida?

—¿De verdad? —preguntó Abby con la mirada fija en Luke—. Parece tan... normal. Bueno, extravagante, pero normal.

—Un día vas a tener que explicarme como se puede ser extravagante y normal.

Abby sonrió.

—Vale, pero de momento...

—De acuerdo —le dio un sorbo a la botella de agua antes de continuar—. Hemos investigado a todo el mundo, incluyendo al camarero del Emerald Room.

—¿Harry? —Abby echó la cabeza hacia atrás y le miró sorprendida—. No me digas que Harry es un chico malo.

—No —Luke se rió—. Es solo quien dice ser. Un camarero chiflado.

—Gracias a Dios.

—Volviendo a Delia, ¿recuerdas cuando me dijiste que Frank Forrester te había comentado algo acerca de un problema con la medicación?

—Sí —Abby lo recordaba perfectamente—. Estaba dándome el pésame por la muerte de mamá. Incluso me dijo que Delia empezaría a ocuparse de su medicación para evitar futuros errores.

—Sí. Bueno, creo que va a tener que considerar esa decisión.

—Luke, dímelo. ¿Qué está pasando?

—Primero dime qué sabes tú. ¿Qué sabes de Delia?

—No mucho —tuvo que admitir—. No ha hecho muchos amigos aquí y parece que no está por la labor. Se viste de forma muy llamativa y se tiñe de rubio platino. Además, sus joyas son un poco horteras —se encogió de hombros—. Por si no te habías dado cuenta, no me cae demasiado bien.

—Me alegro de oírlo —le devolvió la botella de agua y esperó a que le diera un trago—. Resulta que la extravagante Delia tiene un pasado que da escalofríos a los agentes más experimentados.

—Estás de broma.

—Oh, no —abrió la carpeta, que estaba sobre el regazo de Abby—. Echa un vistazo.

Abby posó su mirada sobre la primera página y se quedó boquiabierta al ver la fotografía de la ficha policial de Delia.

—Oh, Dios mío.

—Sí —dijo Luke con una expresión seria—. Tuvimos que mover muchos hilos para encontrar esta información. Delia consiguió ocultar el expediente con un soborno.

—No me lo puedo creer.

—Bueno, el fotógrafo de la policía no captó su mejor ángulo.

—Ya lo creo.

La mujer de la fotografía miraba con unos fríos ojos marrones. Llevaba un maquillaje chillón y tenía el pelo enmarañado. Aquellos ojos captaron la atención de Abby.

—¿Cuándo le tomaron esa foto? —dijo mientras comprobaba la información impresa en la página.

—Hace unos diez años —Luke arrancó una mala hierba adherida a los crisantemos de Abby—. La arrestaron por extender cheques falsos en Nueva York.

—¿Era una falsificadora?

—De medio pelo. Solía robar cheques de los sobres con facturas que la gente dejaba en los buzones —sacudió la cabeza con admiración—. Entonces los lavaba para quitarles la tinta, los ponía a secar y volvía a rellenarlos con el importe que quisiera.

—¿Se puede hacer eso? —Abby lo miró asombrada.

—No es fácil. Hoy en día las empresas de cheques se lo están poniendo difícil con el papel que usan.

Pero sí. Alguien que realmente sepa lo que está haciendo, puede hacer su agosto con facilidad —sonrió—. Una cajera de unos grandes almacenes le pidió el carnet de identidad al rellenar un cheque y el carnet de conducir no le convenció demasiado, así que llamó a seguridad y ellos llamaron a la policía.

—Entonces sabemos que es una ladrona —dijo Abby—. Pero eso no significa que sea una asesina.

—Aún no he llegado a lo mejor.

—¿Es que hay más?

—Mucho —sus miradas se encontraron—. Resulta que nuestra Delia no tenía bastante con robos menores, así que subió de categoría. Ahora es una auténtica viuda negra.

Un escalofrío recorrió la espalda de Abby y la hizo estremecerse.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Quiero decir que su profesión es casarse con ancianos adinerados. Por lo que sabemos, ha tenido cinco maridos, incluyendo a Forrester.

—¿Cinco?

—Y lo mejor es que todos murieron... tras llevar un año casados con Delia.

Capítulo Doce

—Esto es totalmente irregular —dijo Tom Kennedy, echando fuego por los ojos.

De pie detrás de su escritorio, miró a Luke y después a Abby.

—No se ofenda, señora Talbot, pero no debería estar aquí.

—Por favor, llámeme Abby, y créame que lo sé.

—Esto era lo más fácil, Tom. Y ella ya lo sabe todo.

A Tom no le gustó la noticia y Abby temió por el empleo de Luke. Quizá incluso había puesto en peligro su vida. ¿Qué les pasaba a los espías que ya no podían ser espías?

Abby miró a su alrededor. Aquella oficina estaba muy ordenada y no era lo que ella esperaba. La había imaginado de manera muy distinta. El suelo era el de cualquier edificio de oficinas de tres al cuarto y casi se sintió decepcionada al descubrir que todo era tan normal.

—Sí —dijo Tom enfurecido—. Y vamos a tener una charla respecto a tu falta al juramento muy pronto.

—Señor Kennedy —Abby entrelazó los dedos con los de Luke—. Nunca diré nada de lo que me ha contado mi esposo. Tiene mi palabra. Y estoy dispuesta a firmar cualquier documento que sea necesario.

El grandullón de Tom resopló ruidosamente y, tras considerarlo durante unos segundos, asintió bruscamente.

—Se lo agradezco, Abby, pero por el momento, me basta con su palabra y lo dejaremos así.

Luke miró a Abby con una sonrisa y ella sintió una oleada de alivio. Aunque no pudieran estar juntos, quería verlo feliz, disfrutando del trabajo que amaba. Por lo menos ya podía hacerse una idea de donde trabajaba.

—Y ahora que hemos hablado de eso —dijo Luke sin soltar la mano de Abby—. Querría hablar de lo que vamos a hacer.

—Es una locura —interrumpió Katherine.

Abby la miró fugazmente. Consciente de que no era la amante de su marido, Abby se sintió más dispuesta a hablar con ella. Después de todo, había resultado herida mientras intentaba salvarle la vida.

—Pero funcionará —dijo Abby mirándola a los ojos.

—Contigo como cebo —señaló Katherine.

—Yo estaré con ella —dijo Luke, mirando a Abby—. Y tú también, además de Baker y Hernández. Incluso puedes traerte a tu marido.

—¿Una noche sin los niños? —a Katherine se le iluminó el rostro—. A lo mejor no resulta estar tan mal.

Abby no pudo contener la risa.

—¿Consideras como un paseo tenderle una trampa a un presunto asesino?

Katherine esbozó una sonrisa franca.

—No conoces a mis hijos.

—Yo sí —dijo Luke—. Y tiene razón.

—De acuerdo —Tom levantó la mano y todos se callaron—. Si es que lo he entendido bien —dijo mirando a uno y después al otro—, queréis hacer una fiesta en vuestra casa.

—Más o menos, sí. Invitaremos a todo el mundo, incluyendo a Delia.

—¿Y eso servirá para...?

—En la fiesta —continuó Abby—, vamos a tenderle una trampa para que confiese.

Luke asintió.

—La muerte de todos sus maridos es muy sospechosa, pero no hay pruebas. Si lo hacemos bien, podríamos hacerla confesar.

—Es muy poco probable —murmuró Tom.

—No lo creo —dijo Luke—. Delia vive en la cuerda floja y le preocupa mucho ser descubierta porque si su pasado sale a la luz, su marido querrá divorciarse de ella y no tendrá tiempo de echarle el gancho al dinero.

—Cierto...

—Y —añadió Abby—, creo que ella mató a mi madre porque había descubierto algo que Delia quería mantener en secreto. Yo dije que había encontrado copias de las notas de mi madre y que las leería antes de depositarlas en una caja de seguridad.

—Parece un poco arriesgado.

Abby vio la mirada de disgusto que Tom le lanzó a Luke y quiso intervenir.

—No fue idea suya, sino mía. Yo ni siquiera quería decírselo, pero Luke insistió.

—Señora...

—Esto no tiene nada que ver con su agencia —dijo Abby con decisión—. Se trata de mí y de mi familia.

Saber que Delia seguía en libertad tras haber matado a su madre era demasiado, y por lo visto Bunny no había sido la única víctima de aquella mujer.

Ya era hora de que alguien la detuviese antes de que matara a otro inocente.

—Ella es una civil —dijo Tom—. No conoce los riesgos...

—No necesito su consentimiento —dijo Abby levantando la barbilla y mirándole a los ojos—. Sé lo que estoy haciendo y quiero hacerlo. Lo haría sola si fuera necesario, pero contar con su ayuda es mucho más seguro.

Luke la rodeó con el brazo y ella se lo agradeció.

—Esto no me gusta —dijo Tom.

En ese momento alguien llamó y la puerta se abrió de par en par.

—¡He dicho que no quiero interrupciones!

—Lo siento, señor —se apresuró a decir una mujer de mediana edad—. Tenemos un problema. Nuestro contacto de Rusia está al teléfono por la línea dos y nuestro traductor está en un atasco.

Tom rodeó el escritorio.

—Bueno, buscad a otro.

—No hay nadie más, señor.

—Maldita sea, ¿me estás diciendo que no hay nadie en este lugar que hable ruso?

—Yo sí —dijo Abby con tranquilidad y todas las miradas se posaron en ella.

—¿Qué?

Abby se encogió de hombros.

—Estaría encantada de ayudar. Hablo varios idiomas y siempre me han gustado...

—Trae un teléfono para la señora Talbot —gritó Tom con impaciencia mientras le hacía un gesto a Abby indicándole que lo siguiera—. ¿Sabe escribir a máquina?

—Ochenta palabras por minuto.

—De acuerdo —Tom la agarró del brazo y la llevó a un despacho vacío rápidamente.

Katherine y Luke fueron tras ellos y presenciaron la conversación. Ella estaba visiblemente sorprendida, pero él parecía estar disfrutando con la situación.

—Tradúzcame la información —dijo Tom—. Escriba exactamente lo que oiga. Puntos, pausas... todo. ¿Entendido?

—Entendido —Abby se puso los cascos y se sentó tras el escritorio.

—Bien. Adelante —Tom presionó una luz blanca que parpadeaba en el teléfono.

Abby estaba demasiado concentrada como para pensar. Sus dedos empezaron a moverse sobre el teclado y escribió toda la información que le dio el agente ruso. Mientras realizaba el trabajo, sonrió para sí, al darse cuenta que de alguna manera se había convertido en una agente principiante. Estaba haciendo algo importante, estaba siendo de ayuda.

Por fin podía sentir lo que Luke sentía cada mañana al ir al trabajo, y sintió una envidia sana.

A medianoche, Abby decidió que no podía dormir. Se incorporó en la cama y se recostó sobre las almohadas para mirar por la ventana. Afuera hacía mucho frío. Los árboles que rodeaban el patio se balanceaban con el vaivén del viento y un remolino de hojas arrancadas caía sobre el suelo.

Abby miró la cama vacía y deseó que Luke estuviera allí, pero él se había ido a dormir a la habitación de invitados. Lo del divorcio aún estaba en el aire, y Abby le había dicho que era mejor guardar las distancias.

Sobre todo en ese momento.

El sexo sólo haría las cosas más difíciles. ¿Cómo podría dejar a Luke si aún hacían el amor? Cerró los ojos y una oleada de náuseas la dejó mareada. El mero pensamiento de estar sin Luke la hacía sentirse mal. ¿Cómo podría vivir sin él a su lado? ¿Cómo sería capaz de pasar las noches en soledad que estaban por llegar?

Por otra parte, no podía seguir casada con él sabiendo que su amor por ella lo ponía en peligro y le hacía dudar a riesgo de perder la vida.

El estómago le dio otro vuelco y Abby se levantó de la cama. Definitivamente era imposible dormir y lo que necesitaba era un té caliente. Recogió la bata del borde de la cama y tras atarse el cinturón de seda verde salió al pasillo sin hacer ruido, pues no quería despertar a Luke.

Bajó las escaleras con los pies descalzos. Sus pasos no hacían el menor ruido sobre la moqueta de los escalones de madera. Las sombras la envolvían, pero no sintió miedo alguno. Ella adoraba esa casa desde el momento en que Luke y ella la habían visto por primera vez. Siempre se había sentido segura en su interior y la idea de mudarse le partía en dos el corazón, pero tampoco podía imaginarse vivir en ella sin Luke.

La luz de la luna entraba por las ventanas del comedor y Abby avanzó entre destellos de plata hasta entrar en la cocina. No se molestó en encender la luz porque sabía dónde estaba todo. Agarró la tetera y tras llenarla de agua la puso al fuego. Bajo la luz de la azulada llama del fogón, buscó una taza y una bolsita de té, y entonces se sentó en una silla.

—Pero qué suerte he tenido.

Abby dio un salto y se giró bruscamente. Con el corazón desbocado, escudriñó la oscuridad al tiempo que Delia Forrester emergía de la penumbra. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos y hacía resplandecer el cuchillo que llevaba en la mano derecha.

—Delia...

—Por favor —dijo con una mueca risueña—. No finjas estar sorprendida. Sé que lo sabes.

—¿Saber qué? —Abby miró a su alrededor y también en dirección a la puerta que conectaba la cocina con el salón, con la esperanza de que Luke acudiera en su ayuda.

—Basta de juegos. No tengo tiempo —dijo Delia a la vez que se abalanzaba sobre Abby y la agarraba con una mano.

Con la otra sostenía el cuchillo, que le puso sobre el cuello.

—Quiero las copias de las notas de tu madre.

Todo había salido mal. Abby esperaba que Delia intentara algo en la fiesta que habían planeado y no se le había ocurrido pensar que fuera capaz de irrumpir en la casa en mitad de la noche para buscar los papeles. Habían cometido un error.

—Ahora, Abby —le advirtió Delia.

—De acuerdo. De acuerdo. Están en, eh... —por fin recordó el lugar donde Luke y ella habían dicho que estarían las supuestas copias—. Estén en el salón.

—Genial. Vamos —Delia la hizo levantarse de la silla de un tirón y Abby llegó a pensar que los locos tenían una fuerza sobrehumana cuando más la necesitaban.

La empujó hacia el salón sin quitarle el cuchillo del costado. Poco después de entrar en él, oyeron un silbido ensordecedor. La tetera estaba hirviendo.

Delia vacilo y le dio un empujón.

—No importa. Date prisa. Tráeme las notas y saldré de aquí.

Atenazada por el miedo, Abby avanzó hacia la estantería de libros más lejana y miró a su alrededor, buscando una forma de escapar. Tenía que encontrar algo que pudiera usar como arma. ¿Botellas de bebida? Estaban demasiado lejos. ¿La lámpara? Era demasiado pesada para lanzarla a tiempo.

Abby cayó en la desesperación, y llamó a su marido silenciosamente. El miedo a la muerte se apoderó de ella y supo que tenía que hacer algo.

—Suelta el cuchillo, Delia.

Una luz cegadora inundo la habitación, pero la asesina se recuperó antes que Abby. La agarró bruscamente y, dándole la vuelta, la puso de frente a Luke. El cuchillo presionaba el pecho de la rehén...

—Lárgate de aquí, o la mato.

—No lo harás.

Luke la miró con ojos salvajes. Parecía un ángel salvador. Ella le había llamado y allí estaba por fin.

Delia se rió como una hiena y Abby se encogió de miedo, pero Luke permaneció inmutable. Iba descalzo y sólo llevaba unos vaqueros. Sus masculinas facciones tenían una expresión inflexible. De pronto, empuñó una pistola con ambas manos y apuntó a Delia.

—Puedo matarte aquí y ahora —dijo Luke.

—Antes la mataría.

—Pero yo tengo muy buena puntería —dijo una voz.

Delia lanzó una mirada al otro extremo de la habitación al tiempo que Katherine Shaker salía de detrás de una butaca.

—Yo también —dijo otra voz masculina desde detrás de la barra.

—¡Maldita sea! —Delia alzó la voz y masculló un juramento mientras agarraba a Abby con más fuerza—. Juro por Dios que la mataré. Lo he hecho antes. No me preocupa matar a otra zorra.

—Inténtalo y morirás —dijo Luke.

—¡Qué romántico! —exclamó Delia con rabia—. Los hombres sois tan simples. ¿Acaso quieres ser su caballero andante? Aléjate si no quieres verla muerta.

Abby no le quitaba ojo a Luke, y pudo ver cómo le hacía una seña al agente que estaba detrás de la barra.

—Ha sido todo muy fácil —murmuró Delia—. Fue muy sencillo hacerles enamorarse de mí, y fue mucho más fácil matarles. Malditos viejos babosos. ¿Acaso creían que los deseaba? Los hombres sois todos unos inútiles —señaló a Luke con el dedo—. Tuvo que ser una mujer quien lo averiguara todo.

—¿Mi madre? —susurro Abby, y sintió como el filo del cuchillo desgarraba el albornoz y se le hundía en la carne.

—Estate quieta —dijo Delia con una sonrisa irónica—. No creo que quieras ponerme nerviosa, ¿verdad?

—¡Estoy bien! —gritó Abby e hizo un gesto de dolor al ser herida por segunda vez.

—Tu madre no dejaba de meter las narices en mis asuntos —murmuró Delia.

Aquella desalmada parecía no poder creer que todo hubiera salido mal en tan poco tiempo.

—Tú eres como ella. Preguntas y más preguntas. ¡Esa zorra tendría que haberlo entendido! Debería haberse puesto de mi parte. De mujer a mujer. Pero no. Ella no lo veía así, así que tuve que matarla.

—Eres una asesina.

—No es que quisiera matarla. Ella no me dejó elección. Todo fue culpa suya. La muy zorra se lo estaba buscando.

Abby montó en cólera y los ojos se le inyectaron en sangre. Un torrente de furia asfixiante la hizo darse la vuelta, y antes de poder pensar en las consecuencias, le asestó un puñetazo en la mandíbula.

Delia se tambaleó como si la hubiera golpeado un camión y, antes de que pudiera recuperarse, Luke le quitó el cuchillo y la empujó hacia el

suelo. En unos segundos la puso bocabajo y le colocó un par de esposas. Mientras, Delia no paraba de improperios y juraba venganza, así que otro de los agentes se la llevó al coche.

Katherine corrió hacia la cocina y apagó la tetera mientras Luke y Abby se fundían en un cálido abrazo.

—¡Ay! —exclamó ella.

Luke había presionado el corte que tenía en el costado, así que la soltó al momento.

—Dios mío... Tonta, podía haberte matado —le abrió la bata y le levantó el camión para echarle un vistazo a la herida—. Vas a necesitar puntos.

—Genial —dijo Abby—. Odio las agujas.

Entonces se tambaleó un poco y Luke la agarró con fuerza.

—Ella mató a mi madre —dijo Abby mientras se acurrucaba sobre su pecho—. Y no lo sentía en absoluto. Me volví loca y...

—Todo ha terminado, cariño. Ya pasó —le acarició el cabello con una mano mientras la abrazaba con la otra.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó Abby.

—Te seguí cuando bajaste. Katherine y Hank ya estaban aquí, por si a Delia se le ocurría venir en busca de las notas.

—Bien hecho.

—Gracias.

El silbido de la tetera cesó y Abby supo que todo había acabado, pero apenas podía creerlo. Ambos estaban bien y la asesina de su madre pasaría un largo periodo entre rejas.

—¿Luke? —dijo Katherine desde la puerta—. Vamos a llevarla a la agencia para interrogarla. ¿Quieres estar presente?

—Iré en una hora. Voy a llevar a Abby al hospital. Esa loca le ha hecho un corte.

Katherine frunció el ceño y miró a Abby.

—¿Estarás bien?

—Sí, gracias.

La agente sonrió y se despidió con la mano antes de salir por la puerta.

—Todo ha terminado —dijo Abby.

—Aun no —Luke le acarició las mejillas y la miró a los ojos—. Sé que tienes en mente dejarme por mi propio bien, pero no voy a dejarte marchar, Abby.

—Luke...

—Voy a dejar este trabajo —le dijo en un tono convincente—. Hay muchas tareas que puedo hacer en la agencia sin hacer trabajo de campo. De ahora en adelante, sólo voy a ser tu agente secreto.

Abby le miró con los ojos llenos de lágrimas y estuvo a punto de ceder. No quería vivir sin él, pero...

—Luke, te vas a arrepentir de ello. Sabes que sí.

No quiero que me guardes rencor por haberte obligado a renunciar al trabajo de tu vida.

—No me estas obligando. Yo ya he elegido, y te elijo a ti, Abby.

—Ojalá fuera así de sencillo.

—Lo es —dijo él con una sonrisa—. Solo será duro si te resistes. Y te lo advierto, vas a perder.

La miraba con unos ojos tan cálidos y llenos de amor que Abby se quedó sin aliento. Quería seguir a su lado, pero aún no las tenía todas consigo.

Luke se inclinó hacia delante y le dio un beso apasionado.

—Lo único de lo que me podría arrepentir es de perderte. Nada sería igual si no te tengo en mi vida, Abby. ¿No lo entiendes?

Todas las respuestas estaban en sus ojos, en su voz, en sus caricias...

—Sí, lo entiendo —dijo ella sonriente, mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. Te quiero tanto, Luke, que tampoco quiero perderte.

Él respiró aliviado y esbozó una sonrisa.

—Eso nunca pasará.

Abby lo abrazó con fuerza y el corte del costado la hizo gemir de dolor.

—Lo siento —dijo Luke—. Lo primero es lo primero. Los puntos. Y después interrogaremos a ese demonio.

—¿Puedo estar presente?

—Yo no permitiría lo contrario —le dijo él y se dirigió a la puerta principal.

La fiesta estaba prevista para unos días después.

Rodeada de amigos, Abby sonrió mientras escuchaba el buen jazz que sonaba en el aparato de música.

Era maravilloso sentir que todo estaba en orden.

Miró a las parejas que estaban a su alrededor y esbozó una sonrisa. Jack y Lily habían llevado a su bebé con ellos. No soportaban estar lejos de Grace ni un segundo. Emma y Garret estaban justo a su lado, y la mirada de su amiga era de felicidad. Felicity y Reid bailaban ajenos a todo lo

demás, mientras que Mary y Kane discutían en una esquina. Estaba claro que estaban disfrutando de aquel acalorado debate.

Vanessa y Tristan estaban charlando con Katherine Shaker y su marido. Esta última había insistido en asistir a la fiesta, pues realmente se moría por salir a pasear.

Y por fin los ojos de Abby se posaron en Luke, que le sonreía desde el otro extremo de la sala. Al verle se le aceleró el corazón y se llevó una mano al vientre. Nunca había creído que podría ser tan feliz, así que le dio un sorbo a su tónica con lima y le extendió la mano a su marido, que en ese momento iba hacia ella.

—Gracias a todos por venir —dijo Luke en voz alta.

Emma sonrió efusivamente.

—¿Cómo hubiéramos podido resistirnos? No sólo era una fiesta, sino una reunión en la que podríamos enterarnos de lo que estaba pasando en Eastwick.

Luke rodeó a Abby con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Vale. Bueno, todos sabéis que Delia Forrester ha sido arrestada.

—Aún no me puedo creer que haya matado a Bunny —murmuró Mary.

—Pues créetelo. No hay pruebas de que haya matado a sus ex maridos, pero creo que hay suficientes sospechas como para que se pase una larga temporada en la cárcel.

—¿Pero por qué? —preguntó Felicity—. ¿Por qué a Bunny?

—Por lo visto, mamá estaba presente cuando a Frank se le presentó un dolor en el pecho, y se dio cuenta de que Delia no ponía mucho entusiasmo a la hora de buscar ayuda. Lo que mi madre no sabía es que acababa de frustrar un intento de asesinato.

—No lo supo hasta mucho después —añadió Luke.

—Eso es. Sabéis que mi madre tomaba nota de todo. Bueno, supongo que no le quitaría ojo de encima a Delia desde entonces. Seguro que lo apunto todo y siguió las pistas más pequeñas hasta que Delia empezó a preocuparse por ella. Y finalmente decidió matarla de la forma en que había planeado matar a Frank: sustituyendo su medicina por placebos —miró a Mary—. Cuando iba a asesinarla, Delia vio marcharse a Mary, que acababa de discutir con mamá.

Mary bajó la vista, pero Kane le dio un abrazo que la hizo sonreír al instante.

—Cuando Mary se fue —continuó Luke—, Delia entró en la casa y obligó a Bunny a entregarle las notas a punta de pistola. El miedo le provocó una parada cardíaca y trató de tomarse una de sus pastillas, pero se le cayó al suelo. Delia dice que se llevó las píldoras cuando se marchó, pero evidentemente se dejó una cuando salió huyendo al oír llegar al ama de llaves.

—Dios mío —murmuró Garret.

—Pobre Bunny —dijo Felicity.

—Un poco después —prosiguió Luke—, Delia llamó a Kane usando un codificador de voz, e implicó a Mary en la muerte de Bunny.

—¿Y qué hay de todos los intentos de chantaje tras la muerte de Bunny? —preguntó Vanessa.

—Parece que mató a Bunny por su propia seguridad —dijo Luke mientras abrazaba a Abby—. Pero empezó a chantajear porque es muy avariciosa. Encontramos todas las notas de Bunny escondidas en su casa.

—¿Las tenéis aún? —susurró Mary.

—No te preocupes —dijo Abby sonriendo—. Yo misma las quemé anoche.

—Bien —dijo Jack—. Creo que Eastwick ya ha tenido bastantes escándalos.

—Ya lo creo —añadió Reid.

—Bueno, no sé —les dijo Abby mientras agarraba a Luke por la cintura—, Me han ofrecido continuar con la columna de mamá. Parece que hay alguien por ahí que piensa que aún hay muchos escándalos de los que hablar.

—Oh, no —dijo Emma entre risas—. Estés de broma.

Todo el mundo se echó a reír y la conversación continuó. Luke se inclinó hacia Abby y le susurró algo al oído.

—Entonces, ¿vas a hablarles de tu nuevo trabajo?

—Creo que eso puede esperar. Después de todo, parecerá que voy a trabajar contigo en tu empresa. Nadie sabrá que soy una traductora de espías —Abby apenas se lo podía creer, pero su identificación era real.

Luke arqueó las cejas y le guiñó un ojo.

—Ahora podemos ir juntos a trabajar.

—Excepto la semana que viene —le recordó Abby—. Te vas a Hong Kong.

La sonrisa de Luke se desvaneció.

—Sólo una misión más, cariño. Lo prometo.

Abby centró toda su atención en el hombre al que amaba.

—No te preocupes. Sé lo bueno que eres en tu trabajo. Y ahora que soy una espía asistente, podré seguirte la pista más fácilmente.

—Tú ganas —le dio un beso en la frente—. Bueno, ¿te sientes bien? ¿Tienes que sentarte o algo?

Abby se rio encantada. Se sentía como una tonta que no paraba de sonreír desde su última visita al hospital. Los médicos habían descubierto que estaba embarazada.

—Luke, he pasado por un accidente de coche, y una psicópata estuvo a punto de matarme. Estoy bien. Estamos bien.

—Ya lo creo que sí —Luke sonrió también—. ¿Quieres decirlo tú, o prefieres que lo haga yo?

—Hagámoslo juntos —dijo ella y entrelazó sus dedos con los de Luke.

—Por supuesto, cariño. Por supuesto.

Luke levanto la copa y se dirigió a todos los invitados.

—Nos gustaría hacer un brindis.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

Abby también levantó su copa y miró a Luke con los ojos rebosantes de amor.

—¡Por nuestro bebé! —exclamaron al unísono.

Todos brindaron con ellos y pronto se vieron rodeados de sus amistades más allegadas y queridas.

Tras recibir numerosas enhorabuenas, Abby levantó la copa una vez más y al mirar a todos sus amigos, se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz. Todos ellos habían pasado por momentos muy difíciles en el último año, pero habían conseguido hacerse más fuertes, y habían llegado a ser más felices.

Rodeada de sus seres queridos, Abby brindó por segunda vez.

—¡Por los Debs. Amigos para siempre!

Fin